

# DIEZ RELATOS MILITARES DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

de Gonzalo Hernández Jáuregui

EDICIÓN A CARGO  
de Benjamín Flores Hernández



**DIEZ RELATOS MILITARES  
DE LA REVOLUCIÓN  
MEXICANA**

DE GONZALO HERNÁNDEZ JÁUREGUI



**DIEZ RELATOS MILITARES  
DE LA REVOLUCIÓN  
MEXICANA**

DE GONZALO HERNÁNDEZ JÁUREGUI

EDICIÓN A CARGO  
DE Benjamín Flores Hernández



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE AGUASCALIENTES



Edición de Benjamín Flores Hernández

Apuntes literarios sobre la obra del mayor de artillería  
Gonzalo Hernández Jáuregui, por Ana Luisa Topete Ceballos

La Revolución y la tinta. Un acercamiento historiográfico  
a la obra de Gonzalo Hernández Jáuregui,  
por Adrián Gerardo Rodríguez Sánchez

**DIEZ RELATOS MILITARES  
DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA**

DE GONZALO HERNÁNDEZ JÁUREGUI

EDICIÓN A CARGO DE BENJAMÍN FLORES HERNÁNDEZ

Primera edición 2017 (versión electrónica)

D.R. © Universidad Autónoma de Aguascalientes

Av. Universidad 940

Ciudad Universitaria

Aguascalientes, Ags., 20131

[www.uaa.mx/direcciones/dgdv/editorial/](http://www.uaa.mx/direcciones/dgdv/editorial/)

© Benjamín Flores Hernández (Compilador)

© Gonzalo Hernández Jáuregui

Benjamín Flores Hernández

Ana Luisa Topete Ceballos

Adrián Gerardo Rodríguez Sánchez

ISBN 978-607-8523-43-6

Hecho en México / *Made in Mexico*



# Índice

Presentación	11
Apuntes literarios sobre la obra del mayor de artillería Gonzalo Hernández Jáuregui <i>Ana Luisa Topete Ceballos</i>	21
La Revolución y la tinta. Un acercamiento historiográfico a la obra de Gonzalo Hernández Jáuregui <i>Adrián Gerardo Rodríguez Sánchez</i>	33
Diálogo	39
Carta a la Srita. María Gabucio Sánchez Mármol	47
10 de febrero de 1913	55
Operación quirúrgica	63
Claro de luna	73
Campanas y cornetas	79
Las escoltas regresan	83
El más valiente	89
El cabo Medina	95
Juanita	99



# PRESENTACIÓN

La recordación, hace siete, de los cien años de la fecha que tradicionalmente se considera la inaugural de aquel movimiento político, guerrero, social, cultural en el más pleno sentido de la palabra, vino a poner de vuelta en nuestra consideración algo que de puro sabida a veces parece que se olvida: cómo es que ese movimiento llegó hasta los más profundos estratos de la realidad nacional, aportando innovaciones, iniciando puntos de vista, modernizando múltiples aspectos de la vida colectiva y, al mismo tiempo, reactualizando muchas otras realidades mexicanas, muchos valores tradicionales entrañablemente compartidos.

Este movimiento llevó consigo una manera propia de vivir los diferentes aspectos de la realidad social. Elaboró, así, un arte, una música, una educación, un cine, una literatura, en fin, “de la Revolución”, que se presentaron ante el mundo en general plenos de un talante, una vitalidad, una convicción y un entusiasmo por los valores, las ideas, las posturas que se entendieron como las propias “de la Revolución mexicana”, las cuales consiguieron las miradas y el interés de los públicos de todas partes.

Entre los años veinte y setenta del siglo pasado fue consabida la validez de un México “de la Revolución” que había apor-

tado creaciones cuya trascendencia definitiva quedaba pendiente dictaminar. Ello fue siendo dejado de lado en los tiempos posteriores. Hoy, empero, desde nuestra perspectiva actual, no demasiado optimista, quizás valga la pena revisar lo construido en las secuelas inmediatas a ese movimiento social, político y militar que a sí mismo quiso definirse como esencialmente “revolucionario”.

Aquí van las narraciones compuestas en tal circunstancia por alguien que vivió el movimiento desde dentro, como militar, primero federal y luego constitucionalista. De cualquier modo, suspenso el juicio definitivo sobre sus cualidades artísticas, son testimonio indudable de una etapa específica de la vida nacional. Se trata de los textos muy poco conocidos de un autor representativo de la época, que quiso en ellos dejar constancia de su forma personal de atravesar por ella y los cuales, puesto que habría de morir joven dejando prácticamente toda su obra inédita y desperdigada, han quedado hasta ahora prácticamente sin lectura.

El escritor Gonzalo Hernández Jáuregui, mi abuelo, nació en Coatepec, Veracruz, el 9 de julio de 1894 y murió en la ciudad de México el 8 de mayo de 1935. En su acta de nacimiento se le llamó Gonzalo Efrén, pero él nunca usó ese segundo nombre.

Era hijo de Miguel Gonzalo Hernández, de San Miguel del Soldado (hoy Rafael Lucio), Veracruz, y de Julia Jáuregui, de Tampico, Tamaulipas. Al momento de nacer él, su padre era juez del registro civil en Coatepec; luego, desempeñó durante muchos años ese mismo oficio en Xalapa. En algún texto se hacía alusión a que había casado “a todo Xalapa”. El padre de su madre fue el licenciado José Manuel de Jáuregui y Núñez (Ozuluama, Ver., 1820-Xalapa, Ver., 1891), perteneciente a una importante familia de la Huasteca, distinguido abogado que durante muchos años se desempeñó como procurador de justicia en Veracruz, y que sustituyó al gobernador porfirista Teodoro Dehesa en varias de sus ausencias. En el acta de nacimiento se asienta que sus abuelos paternos fueron José María Hernández y Joaquina Rodríguez, y los maternos el ya citado José Manuel de Jáuregui y María Castillo.

Dato interesante es que su bisabuela paterna, Teresa Núñez viuda de Jáuregui, resulta ser uno de los protagonistas de la novela *El jagüey de las ruinas*, escrita por Sara García Iglesias, también miembro de la familia, nada menos que como la matriarca de la estirpe de los Jáuregui, “Mamá Nina”, fuerte figura femenina que llegó a ser amenazada por el cruel contraguerrillero francés coronel Dupin con

ser azotada en público, al no mostrarse dispuesta a someterse a las presiones intervencionistas galas.

Su familia la conformaron diez hermanos, entre varones y hembras; él fue de los más chicos. De los mayores era Miguel (1887-1932), abogado, diputado a la célebre XXVI Legislatura federal, donde perteneció al llamado “Bloque renovador”; por su voz emocionada y aguda, sus enemigos lo llamaban “la tiple Jáuregui”. Cuando el Congreso fue disuelto por Victoriano Huerta, él resultó apresado, y queda de entonces el cuento de que, de celda a celda, jugaba al ajedrez de memoria con el ingeniero Pascual Ortiz Rubio. Tiempo después fue procurador de justicia del estado de Veracruz. Discípulo de Rafael Delgado, a su fallecimiento quedó como depositario de sus escritos; célebre bohemio, dejó buen número de poemas. La anécdota narrada en “Operación quirúrgica”, rigurosamente verídica, la vivió su hermano Raúl, médico, poco mayor que él. Su hermana Estela estuvo casada con Alberto del Valle, que fue gobernador de Aguascalientes. Hijos de su hermano Mario fueron Julia y José Manuel Hernández Terrán, historiadora y secretario de Recursos Hidráulicos, respectivamente, entre 1964 y 1970.

Estudió hasta la preparatoria en Xalapa y a fines de 1910 ingresó al Colegio Militar, que entonces estaba en el Castillo de Chapultepec de la capital del país. Era, pues, miembro de la “generación del 11”, y por lo tanto le tocó ser de los cadetes que escoltaron al presidente Madero hasta Palacio Nacional la mañana del domingo 9 de febrero de 1913, en la que se conoce como Marcha de la Lealtad, cuando estalló el cuartelazo jefaturado por los generales Félix Díaz, Manuel Mondragón y Bernardo Reyes.

Egresó del Colegio Militar como subteniente, y progresivamente alcanzó sus ascensos hasta obtener el grado de mayor de artillería en 1918. Hasta su muerte permaneció en el servicio militar activo.

Se mantuvo siempre en el ejército federal, y a la caída de Victoriano Huerta figuró entre los oficiales del ejército constitucionalista. Por 1920 estaba en Mazatlán cuando se proclamó el Plan de Agua Prieta; al negarse a secundar éste estuvo a punto de ser fusilado, salvando “milagrosamente” la vida. Quedó así alejado de los triunfadores sonorenses; tal vez su situación hubiera cambiado después de la separación del presidente Lázaro Cárdenas con respecto a Plutarco Elías Calles. Algunos de sus cuentos,

“Las escoltas regresan” y “El más valiente”, se publicaron por los meses finales de 1933 en el periódico *Eréndira*, que favorecía las aspiraciones presidenciales de Cárdenas.

En 1915 se casó con María Gabucio Sánchez Mármol (San Juan Bautista, Tab., 23 de marzo de 1894-México, D.F., 8 de enero de 1978), con quien tuvo tres hijas y un hijo: Berta Julia (1916-2006), Ana Deyanira (1917-1991), Gonzalo (1919-1982), que permaneció soltero, y Esperanza María del Sagrario (1925-2003), mi madre; de las hijas, nacieron siete nietas y ocho nietos.

Falleció de un ataque al corazón durante un acceso de asma, dos meses antes de cumplir los cuarenta y un años de edad. Sus restos reposan en la rotonda del Colegio Militar del panteón de Dolores, de la Ciudad de México, D.F.

Aunque publicó algunos textos, la mayoría de lo que escribió —principalmente narraciones y algunos versos— permaneció inédito. En los inicios de la radio en la Ciudad de México tuvo un programa, en el que dio vida al personaje “El tío Tarabilla”.

Los diez relatos que he querido recoger aquí, de entre los no demasiados que han llegado completos a nuestras manos, me parece que poseen, además de su carácter literario, ejemplo de las maneras de escribir de un militar de carrera con una cultura familiar y escolar indiscutible, referencias temáticas muy interesantes.

Por lo tanto, con la probable ficción de la carta de un cadete a su novia, se anotan las impresiones de uno de los alumnos del Colegio Militar —él mismo— implicado en el acompañamiento del presidente de la República en contra del que se había producido un cuartelazo contrarrevolucionario, aquel que el autor sitúa en una casa de huéspedes del plural Aguascalientes de la Soberana Convención Revolucionaria de 1914 o el de la dramática relación —absolutamente verídica— de cuando su hermano Raúl, pasante de Medicina, debió cortarse la pierna en las más insalubres circunstancias para evitar la propagación de la gangrena. O, por lo demás, aquellos otros en que describe, desde dentro aunque un poco desde arriba, la peculiar idiosincrasia de los soldados de tropa —los entrañables “pelones” federales—, que fueron la carne de cañón imprescindible para consolidar la consumación de la victoria final de “la Revolución”.

El soldado escritor es una figura de enorme tradición en la historia universal. De Julio César en adelante, por poner un ejemplo antiguo y egregio, son innumerables quienes, después de su acción bélica, y a veces antes de ésta, incurrieron en la escritura,

en ocasiones con tema militar o de memoria de su accionar bélico, aunque no siempre. Garcilaso de la Vega y Pedro Calderón de la Barca son nombres ilustres en las letras hispanas de guerreros escritores o escritores guerreros. Lugar común será recordar a don Miguel de Cervantes, en su persona de combatiente de Lepanto y de continuo pergeñador de narraciones, como la del príncipe de todos los seres de esa estirpe, ese hidalgo que quiso hacer de su historia entera personaje literario, héroe vivo de novelas de caballerías, continuador rabioso con su pluma de textos inacabados y combatiente de veras en lances de sola realidad literaria

La historia de las letras mexicanas se inaugura con los dos geniales soldados que escribieron Hernán Cortés y Bernal Díaz, pero luego de ellos se debe esperar tres siglos para encontrar continuadores importantes de esa vocación. Aunque ninguno de los dos tuvo la de militar como primera formación, Vicente Riva Palacio e Ignacio Manuel Altamirano, extraordinarios narradores e historiadores, combatieron en las filas liberales y republicanas contra la intervención francesa y el imperio de Maximiliano, hasta hallarse con las tropas que asistieron al definitivo sitio de Querétaro: el segundo alcanzó grado de coronel y el primero de general, mismo con el que se hiciera célebre en los círculos intelectuales madrileños. José Tomás de Cuéllar fue cadete en el Colegio Militar, del 13 de septiembre, pero luego se alejó del ejército. Ireneo Paz y Antonio Plaza guerrearon también activamente contra franceses e imperialistas; Bernardo Reyes, que llegó a ministro de la Guerra, colaboró brillantemente en *México, su evolución social*. De los mayores narradores de la parte militar “de la Revolución”, ni Mariano Azuela ni Martín Luis Guzmán ni Rafael F. Muñoz tuvieron personalmente actividad guerrera; Francisco L. Urquiza sí fue soldado en activo, de modo que sus obras, paradigmáticamente *Tropa vieja*, resultan retratos desde dentro de la vida, visiones, pasiones y emociones de los “juanes” y de las “adelitas” que anduvieron en “la bola” por todo el país entre 1910 y 1930. Egresado del Colegio Militar, en una promoción cuatro o cinco años anterior a la de Gonzalo Hernández, fue José López Portillo y Weber, prolífico historiador pero de ningún modo combatiente después de la Marcha de la Lealtad. Juan Barragán, Álvaro Obregón, Lázaro Cárdenas y algunos otros generales dejaron sus memorias o sus diarios personales, más con la intención de explicar

y exaltar su actuación personal o recopilar partes de guerra que la de recordar literariamente el aspecto humano de su participación en la lucha armada.

En fin. La persona de Gonzalo Hernández Jáuregui tiene el interés, como se ve muy poco frecuente en toda la vida mexicana, de ser un escritor que permaneció toda su vida dentro del servicio militar efectivo: desde 1913 hasta principios de los treinta debió andar por muy diversos sitios de la geografía patria formando parte del ejército nacional, combatiendo rebeldes de todo tipo: reaccionarios, zapatistas, villistas, felicistas, aguaprietistas, cristeros. De recién casado, por 1915, vivió con su mujer, mi abuela, en un tren militar; y ello, por supuesto, en la convivencia cotidiana con la tropa, cuyo conocimiento directo es lo primero que resalta en las narraciones seleccionadas.

Las versiones de los textos que aquí se incluyen proceden de los papeles que están en mi archivo particular (“Archivo de Benjamín Flores Hernández”), y que son los que siempre guardó mi abuela, fallecida el 8 de enero de 1978, cuarenta y tres años después que su esposo. Algunos son mecanuscritos, frecuentemente con correcciones de la mano de Gonzalo Hernández Jáuregui, y otros recortes de periódicos, que conservan el nombre de la publicación en la que salieron, aunque no siempre la fecha; sólo “Claro de luna” está en el ejemplar completo de la *Revista del Ejército y de la Marina* en que apareció. En los dos textos sobre la Marcha de la Lealtad existen repeticiones textuales como referidas precisamente al mismo acontecimiento; puesto que la intención y momento de elaboración de ellos es distinto, se decidió dejarlos como se encuentran en los originales.

Agradezco de todo corazón a la Universidad Autónoma de Aguascalientes la oportunidad de dar a conocer a los lectores contemporáneos estos cuentos del padre de mi madre, cuyo interés he intentado mostrar en los renglones anteriores. Y, claro, a mi querida compañera catedrática Ana Luisa Topete y a mi brillante alumno, auxiliar de investigación y en la actualidad ya historiador en el pleno ejercicio institucional de su profesión, Gerardo Rodríguez, por los excelentes ensayos que hicieron para ilustrar esta edición.

*Benjamín Flores Hernández*





**Ilustración 1.** Gonzalo Hernández Jáuregui con uniforme, en 1913, a los 19 años, unos meses después del episodio de la Marcha de la Lealtad.



**Ilustración 2.** Gonzalo Hernández Jáuregui, en sus veintitantos años.

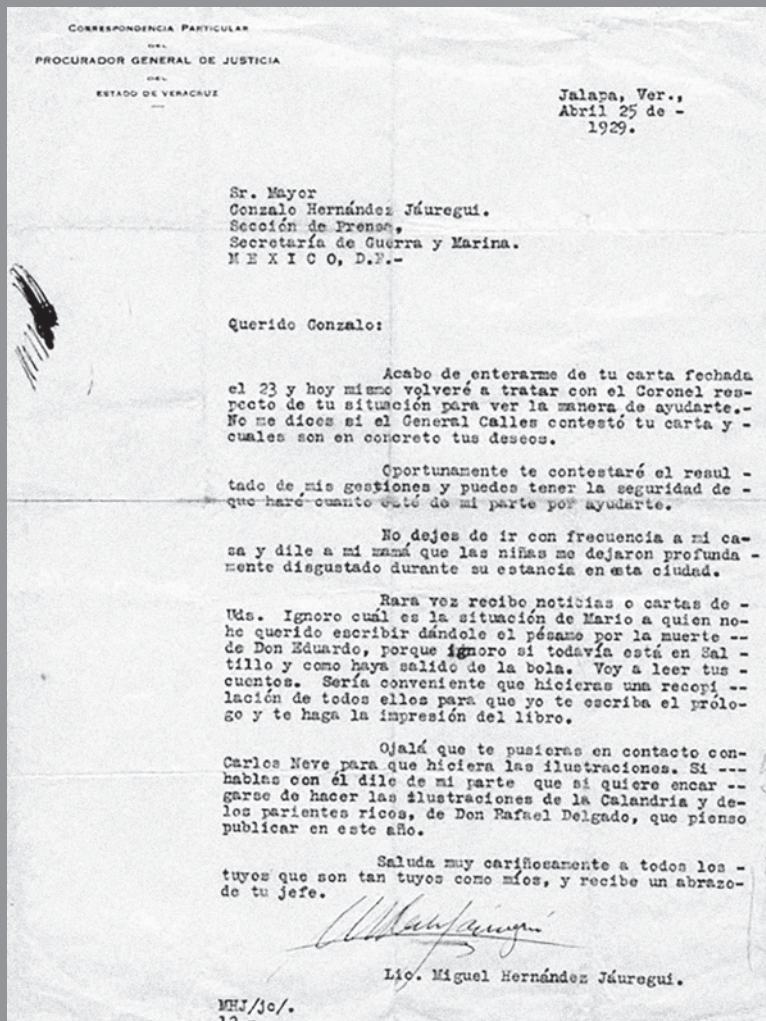


Ilustración 3. Facsímil de una carta dirigida a Gonzalo Hernández Jáuregui por su hermano Miguel.

## Bibliografía

- Álvarez, José Rogelio, (dir.), *Enciclopedia de México*, 14 tt., México, ed. especial para la *Encyclopaedia Britannica de Mexico*, t. 7, 1993.
- Arreguín Mañón, José P., *Dos testimonios sobre historia de los aprovechamientos hidráulicos en México*, México, Comisión Nacional del Agua/CIESAS, 1994.
- Castro Leal, Antonio (sel., intr. gral., cronología histórica, pról.), “Censo de personajes, índice de lugares, vocabulario y bibliografía”, *La novela de la Revolución Mexicana*, 2 vv., México, Aguilar, 1960.
- Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, 6ª. ed., 4 tt., México, Porrúa, 1995.
- Garcíadiego, Javier, *Introducción histórica a la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México, Secretaría de Educación Pública, Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, 2006.
- Hernández, Julia, *Novelistas y cuentistas de la Revolución Mexicana*, México, Unión Mexicana de Escritores, 1960. (No sobra señalar que Julia Hernández Terán, la autora de este libro, fue sobrina de Gonzalo Hernández Jáuregui, hija de su hermano Mario).
- Illescas, Francisco R. y Juan Bartolo Hernández, *Escritores veracruzanos: reseña biográfica-antológica*, Veracruz, Gobierno de Veracruz, 1945.
- Ocampo, Aurora M., et al., *Diccionario de escritores mexicanos*, México, UNAM, 1967.
- Pasquel, Leonardo, *La generación liberal veracruzana*, México, Editorial Citlaltépetl, 1972.
- , *La revolución en el estado de Veracruz*, 2 tt., México, Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, (Biblioteca del INEHRM, 53), 1971 y 1972.
- , *Perfiles de Xalapa*, México, Ediciones Logos, 1949.
- , *Veracruzanos en la Revolución*, México, Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, (Biblioteca del INEHRM, 98), 1985.
- Secretaría de la Defensa Nacional, *Historia del Heroico Colegio Militar*, 4 vv., México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1973.

# APUNTES LITERARIOS SOBRE LA OBRA DEL MAYOR DE ARTILLERÍA GONZALO HERNÁNDEZ JÁUREGUI

La cultura es una función unificadora. Como parte de la edificación de una cultura es voltear hacia nuestros ancestros, hacer que nuestras costumbres y tradiciones se perpetúen, así como la conmemoración de las fechas importantes en que nuestros héroes llevaron a cabo hazañas significativas, pero también el hecho de darle vida a quienes de una u otra forma tuvieron presencia dentro de nuestra historia, aunque a veces de una manera muda, en la edificación de esa cultura, nos lleva a la observación y al análisis de textos que permanecieron, durante mucho tiempo, guardados en manos de quien los escribió, pero que una vez que se han sacado a la luz, nos invitan a escudriñar el valor histórico-literario, como es el caso que se nos presenta con los escritos del militar, con el grado de mayor de artillería, Gonzalo Hernández Jáuregui.

El objetivo de este trabajo pretende sólo mencionar algunos aspectos sobre el valor literario y lingüístico de estas narraciones; no se pretende hacer un estudio exhaustivo sobre los escritos del militar, ya que no es el objetivo final de este trabajo, sino solamente comentar el gran valor social, político e histórico que se refleja dentro de estos escritos epistolares, poéticos y lite-



rarios. Asimismo, observar algunos vocablos y “dichos” o refranes que se solían emplear en el habla popular y que, algunos de ellos, aún están en uso por la forma metafórica en que se emplean y que seguimos guardando dentro de nuestra forma de ser y actuar, desde nuestro abuelos, esta peculiar manera de expresarnos.

El primer concepto que se puede mencionar acerca de los textos de Hernández Jáuregui, en cuanto a una clasificación literaria en general, es que la mayoría de sus escritos pertenecen al género narrativo, en prosa, con excepción del que lleva por título “Diálogo”, escrito en verso, pero no se puede clasificar dentro de una métrica ni una rima específica, ya que, en general, presenta versos y estrofas heterométricas, sobre todo al comienzo; enseguida, la métrica se torna mayormente octosilábica. “Diálogo” presenta, como su nombre lo indica, un diálogo entre Gonzalo Hernández Jáuregui e Ignacio Pliego, donde van apareciendo una serie de personajes que son motivo de un análisis histórico —por los personajes que cita— y de un análisis filológico por los vocablos que utiliza al hacer la descripción de tales personajes; se caracteriza por ser un nombramiento secuencial de éstos, dentro de los poemas que componen este primer escrito. No me detendré en un análisis minucioso de estos escritos en verso para hacer un análisis más general de todos los textos.

Retomaremos el género narrativo en que se incluye la función referencial del lenguaje; esta función está enlazada con el contexto histórico. Así lo estipula Roman Jakobson: “Función Referencial: es una orientación hacia el *contexto*, su tarea primordial de numerosos mensajes, la participación accesoria de las demás funciones de tales mensajes debe ser tenida en cuenta por el lingüista observador”.<sup>1</sup>

Los textos escritos por Gonzalo Hernández Jáuregui tienen coherencia en lo que se está contando, tienen en cuenta los tiempos en los que los personajes actúan y muestran los sentimientos, los estados anímicos y, por tratarse de temas históricos enlazados con la Revolución mexicana, entran dentro de la clasificación de la crónica, ya que son relatos que muestran vivencias personales del autor y no pueden dejar de mostrar una ideología que, en este caso, es de tendencia totalmente maderista. Estas vivencias incrustadas dentro de los relatos, corresponden a

1 Roman Jakobson. “Lingüística y Poética”, *Lingüística y Poética*, Madrid, Cátedra, Lingüística, 1988, p. 33.

lo que Michel Foucault denomina comentario. Este concepto lo explica en su escrito *El orden del discurso*: “El primero de ellos es el *comentario* que, directamente relacionado con los dichos populares, se configura como eje de los rituales políticos, religiosos y culturales. El comentario permanece, va y vuelve; lo que lo hace renovable es su capacidad de retorno”.<sup>2</sup>

Platón afirmaba: “Los poetas son mentirosos”. Y parecía tener cierta razón, porque toda creación literaria es en mayor o menor grado una remodelación de la realidad. A esto, Aristóteles le llamó mimesis, que Helena Beristáin, retomando al estagirita y mencionado por Lausberg, lo explica de esta manera:

En la tradición retórica grecolatina, la mimesis consiste en la imitación de la vida, por lo que constituye “un instrumento cognoscitivo ontológico/sociológico, de trabajo y divulgación, sin el que la vida espiritual no sería posible” [...] Así la mimesis artística corresponde al discurso literario, a la poesía, donde la contemplación de lo imitado produce deleite y capta la simpatía del receptor para servir a un propósito didáctico (horaciano) [...] debido a que la mimesis artística no persigue la *verdad* (como la mimesis científica) sino la verosimilitud.<sup>3</sup>

Toda creación literaria implica necesariamente el planteamiento más o menos libre de una realidad humana y material, que no es –salvo en contadas excepciones– servil reproducción de una realidad existente. El problema es si a esto se le denomina mentira o no. Lo que sí es verdad es que la literatura retrata realidades humanas y materiales en un tiempo y un espacio y la imaginación puede flotar alrededor de ello, pero esto no significa que sea mentira, son cuestiones distintas. Por ello, partes fundamental de la creación literaria es la mimesis (copia de la realidad), concepto aristotélico que se define de la siguiente manera:

Mimesis o mimesis: es un concepto estético. A partir de Aristóteles se denomina así a la imitación de la naturaleza como fin esencial del arte. El vocablo castellano proviene directamente

2 Tomado de: <http://monsalve-jhon.blogspot.mx/2013/11/resena-de-el-orden-del-discurso-de.html>

3 Helena Beristáin, “Mimesis”, *Diccionario de Retórica y Poética*, México, Ed. Porrúa, 1998, p. 333.

del latino *mimēsis*, que a su vez deriva del griego μίμησις [*mí-mesís*], y puede también traducirse como ‘imitación’.<sup>4</sup>

Por otra parte, en los escritos literarios, también es importante la verosimilitud (que sea creíble). Helena Beristáin la explica de esta manera: “Ilusión de coherencia real o de verdad lógica producida por una obra [...]”.<sup>5</sup>

Estos dos conceptos están conectados con la realidad, pero utilizan de forma distinta los elementos humanos, las cosas y lo concerniente a la naturaleza. Dentro de los escritos del autor en cuestión, encontramos elementos miméticos y personajes referenciales históricos como se muestran a continuación por poner algunos ejemplos.

“10 de febrero 1913”: “Cuando pasamos por la rotonda en que termina el *Bosque* y comienza el *Paseo de la Reforma* [...]”; “Cuando llegamos a la *Columna de la Independencia* [...]”; “Hacia el rumbo del *Zócalo* se escucha el estallido de algo que creemos cohetes”; “¡Viva el *Colegio Militar!*”, “¡Son los descendientes de los que murieron en el 47!”, “Entramos en *San Francisco*”; “Ya se perciben los lugares de donde parten las descargas. De la *Casa Mosler*, del *Salón Rojo*, de *La Esmeralda* llueven las balas”;<sup>6</sup> “Poco antes de llegar a la *Alameda* hacemos alto y se establecen en las calles circunvecinas pequeños puestos que impiden el paso de curiosos y carruajes al sitio ocupado por el *Colegio*”.

En estas citas se encierra el concepto de mimesis, ya que describe espacios reales, tal como se encontraban, además que refiere algunos lugares importantes del centro de la Ciudad de México.

“Carta a la Srita. María Gabucio Sánchez Mármol”: “Estamos en el Cuartel de Zapadores [...]”; “¿Adónde<sup>7</sup> está la sombra de Guerrero? [...]”; “¿Qué pasó con la sangre derramada por Hidalgo y Morelos? [...]”; “¿Cuál es la falta de Madero? [...]”; “puesto que yo a media calle me entretenía con el peculiar silbido de los proyectiles Mauser [...]”.

Los escritos del militar Hernández Jáuregui retratan por sí mismos la resurrección de personajes y sacan de la ignominia a quie-

4 Tomado de: <https://es.wikipedia.org/wiki/Mimesis> En abril 2017.

5 Helena Beristáin, *op. cit.*, p. 499.

6 Estos lugares también son referidos en la narración “Carta a la Srita. María Gabucio Sánchez Mármol”.

7 *Sic*. Se transcribe como está en el original.



nes participaron en el pensamiento y en la forma de ser de un pueblo, ésta es la labor de un historiador. Dentro de los escritos del militar desfilan personajes que son conocidos dentro de nuestra historia, pero hay algunos héroes anónimos que el mismo escritor nos presenta por primera vez y que, de una u otra manera, ocupan los vacíos históricos y se convierten en personajes referenciales, ya que demuestran el quehacer y el pensar de una época determinada.

Dentro de este último relato se encuentra una pausa descriptiva del presidente Madero. Así lo refiere Luz Aurora Pimentel: “No es lo mismo una descripción continua, más o menos exhaustiva y ‘objetiva’, que una discontinua en que el lector tenga que ‘llenar’ más blancos para ‘leer’, ‘comprender’ y ‘tematizar’ al personaje”.<sup>8</sup>

Y continúa el escrito:

¡¡¡Guardia!!! ¡¡El ciudadano presidente de la República!! Este grito lo lanza el centinela del Castillo en los momentos en que el supremo jefe penetra en el Colegio.

¡Qué sencillez y cuánto estoicismo!

Viene a caballo, lo acompaña el jefe de la Policía, un mayor, y algunos de sus ayudantes.

La simpleza de su traje, la sinceridad de sus modales, todo en él retrata al hombre honrado. ¡Ah! Pero cuando nos arenga, cuando exclama con acento viril que el Colegio Militar es la garantía del honor de la patria!... “Vamos cadetes, dice, vamos a México; vuestro paso por las calles será un glorioso paseo triunfal. Demostraréis que la traición no ha manchado nuestros pechos juveniles y que no todo el ejército es desleal”.

Y su voz, de costumbre endeble y monótona, toma serenidades de trueno; y sus ademanes, por lo común tímidos, se transforman en furiosos y sublimes.

---

8 Luz Aurora Pimentel, *El Relato en perspectiva*, México, Siglo XXI, 2002, p. 69.

Ya no es el hombre que habla; es el huracán que ruge. Es el sol de la justicia desgarrando los turbios nubarrones de la ingritud.<sup>9</sup>

Estas descripciones, vividas y escritas por un narrador testigo, nos muestran una imagen importante de la personalidad de quien fuera el iniciador de la Revolución mexicana.

Asimismo, Luz Aurora Pimentel refiere lo concerniente al “retrato” de los personajes: “La imagen física que tenemos de un personaje proviene, generalmente, de la información que nos pueda dar un narrador o del discurso de otros personajes [...] La retórica tradicional conoce esta forma descriptiva de la caracterización como *retrato*”.<sup>10</sup>

Otro ejemplo de lo que un retrato significa, lo tenemos en el relato “Operación quirúrgica” en que se describe la psicología del general Emiliano Zapata:

Zapata era un hombre bueno, un tanto desconfiado y suspicaz, de imaginación inquieta, pero de muy cortos alcances. Amaba a sus soldados y les toleraba desmanes y pilladas. No la llevaba muy bien con su hermano Eufemio, pues le desagradaba su inaudita crueldad y su instinto sanguinario y feroz, pero le dejaba hacer, a ciencia y paciencia, su soberana voluntad. No fue el hombre cavernario que muchos describen, pero tampoco el apóstol que nos presentan ahora sus interesados panegiristas.<sup>11</sup>

Uno de los puntos más interesantes, en cuanto a la puntualización del interés literario de estos relatos, estriba en que en ellos se demuestra el habla del pueblo a principios del siglo XX; el estudio del habla implica la gran importancia del rescate de un contexto socio-lingüístico-histórico de un pueblo, una ciudad o una nación, ya que es la lengua materna con la que nacimos, la manera en que nuestros ancestros expresaron necesidades y saberes, conocimientos, sentimientos y valores con su propia gente y que la vamos heredando a través de las generaciones; estos relatos pueden ser objeto de un estudio lingüístico y filológico. El concepto de filología, según el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*:

9 Día nueve, en “Carta a la Srita. María Gabucio Sánchez Mármol”.

10 Luz Aurora Pimentel, *op. cit.*, p. 71.

11 Gonzalo Hernández Jáuregui: “Operación quirúrgica”.

f. Ciencia que estudia una cultura tal como se manifiesta en su lengua y en su literatura, principalmente a través de los textos escritos.

f. Técnica que se aplica a los textos para reconstruirlos, fijarlos e interpretarlos.<sup>12</sup>

Tenemos estos ejemplos en los siguientes textos de Hernández Jáuregui: “10 de febrero de 1913”: “¡Hora sí, *manito*, pelada! Ya cumplí mis cuatro domingos. Me voy a dar el gran vuelo en *Méjico*”. “—¿En San Francisco? ¡*Újule!*”.

En el relato “Juanita”, se encuentra la frase “*my tres piedras*”, frase propia del estado de Aguascalientes que se utiliza para comunicar que “se cree más de lo que es”, “*ad hoc*”, “se cree mucho”.

En esta frase “¡hora sí, manito, pelada!” se emplea el lenguaje coloquial: *hora*, por ahora; la palabra *manito* se emplea por hermanito en el ámbito de mucho afecto y amistad. *Pelada*, según el *Diccionario de Mexicanismos*, lo explica así:

Pelado, pelada. (Del español pelado ‘pobre, desprovisto’, de pelar ‘dejar sin dinero’, de pelar ‘dejar sin pelo’.) adj., y m. y f. Mal educado, grosero, vulgar, persona de las capas sociales inferiores. || pelado que se ha encumbrado, no deja de ser pelado. ref.

Una persona vulgar, carente de educación, que mejora su posición social o ha logrado un puesto alto revela su origen por su falta de modales y de conocimientos. Pelangoche, pelangocha. m. y f. Pelanas, persona inútil y despreciable.<sup>13</sup>

Asimismo, el vocablo *újule*, usado tan comúnmente en la República Mexicana, su empleo y significado se explican de la siguiente manera, en el *Diccionario de Mexicanismos*: ¡újule! o ¡hújule! (Quizá de uh, interjección de desdén, + -le.) interj. de admiración, de sorpresa o de burla.<sup>14</sup>

“Operación quirúrgica”: “¡Ora que le monte el *dotor*, ora que les ponga la muestra el *güerito!*”; “—*No la frieguen*, que no ven que se le rompen las *inyecciones*. —Y se le *redaman* las botellas de bálsamo

12 Tomado de: <http://dle.rae.es/> el 16 de marzo de 2017.

13 Guido Gómez de Silva, *Diccionario de Mexicanismos*, México, Academia Mexicana de la Lengua, FCE, 2001.

14 *Ibidem*, p. 230.

tranquilo”; “¡Que viva el *doitor!*”; “No hay quien se *raje*”; “[...] y ya sabes que *parranda sin botellas es como velorio sin difunto*” (dicho popular); “¡Ándele, *doitor*, avientese un *jondazo* que es del bueno”; “[...] afanándose por no *enseñar el cobre*”; “[...] *le entraban a lo macizo* [...] sin importarles los seguros *porrazos* [...]”; “¡Párense, *jijos de la tiznada!* [...]”.

En el párrafo anterior, el vocablo “ora” es un apócope de ahora. Así como “No la frieguen”, según lo explica el *Diccionario de Mexicanismos*: “¡No la friegues!: LOC. INTERJ. Pop/ coloq.”.<sup>15</sup>

La palabra “redaman” es una metátesis de derramar. Según el *Diccionario*, es lo siguiente: metátesis (del gr. *metathesis*, trasposición.) *s. f.* LINGÜÍSTICA Alteración del orden de los sonidos de una palabra en la pronunciación de crabón por carbón se produce una metátesis.<sup>16</sup>

En el caso de los vocablos “inyecciones” y “doitor”, son una manifestación del habla del pueblo:

Se llama **cambio lingüístico** al proceso de modificación y transformación que, en su evolución histórica, experimentan todas las lenguas en general, y las unidades lingüísticas de cada uno de sus niveles en particular. El cambio lingüístico se diferencia de la variación lingüística en que en el primero las modificaciones son diacrónicas y, por tanto, las estudia la lingüística histórica, mientras que las *variaciones* son sincrónicas y la analiza, entre otras disciplinas, la sociolingüística. El cambio lingüístico es un proceso interno de la lengua que no tiene nada que ver con el cambio de lengua o sustitución lingüística que es un proceso condicionado por factores externos [...].<sup>17</sup>

“No hay quien se raje”, en que “rajarse” es un vocablo popular coloquial que significa desdecirse. Así lo indica el *Diccionario de Mexicanismos* antes citado.<sup>18</sup> Asimismo, el refrán mexicano: “parranda sin botellas es como velorio sin difunto”, en que la significación

15 José G. Moreno de Alba (presentador) y Concepción Company Company (Introducción y dirección), *Diccionario de Mexicanismos*. Academia Mexicana de la Lengua, México, Siglo XXI, 2014, p. 400.

16 Tomado de : <http://es.thefreedictionary.com/> 2 de abril 2017.

17 J. K. Chambers y P. G. Trudgill, *La dialectología*, Barcelona, Visor Libros, 1994.

18 José G. Moreno de Alba y Concepción Company Company, *op. cit.*, p. 506.

propia de “parranda”, en México, implica la ingesta de bebidas alcohólicas: Parranda (del vasco *parra*, risa.) 1. s. f. Juerga, diversión bullíciosa entre varias personas, en especial aquella en la que se va de un sitio a otro se fueron de parranda durante toda la noche. Diversión consistente en ir de un lugar a otro bailando y bebiendo.<sup>19</sup>

La palabra “jondazo”, es un modismo de “hondazo”, es decir, no superficial, ni poco o escaso, sino profundo o mucho.<sup>20</sup> En el caso del dicho popular “Enseñar el cobre”, así lo explica el *Diccionario de Mexicanismos*: Enseñar ~ el cobre. LOC. VERB. Supran. Coloq. Dejar ver alguien aspectos de su personalidad, especialmente vicios o defectos: “Te dije que Luis era un hipócrita, no tardó en enseñar el cobre”.<sup>21</sup>

La siguiente locución popular: “[...] *le entran a lo macizo* [...] sin importarles los seguros *porrazos* [...]”. “Entrarle macizo” significa: Darle (o entrarle) macizo a algo. Loc. coloq. Hacer algo con fuerza y ahínco.<sup>22</sup> Y el vocablo “porrazo”: s.m. Coloq. Golpe que se recibe: “Me di un porrazo al caer de la escalera”.<sup>23</sup>

En la cita siguiente tomada de “Claro de luna” se analizará el dicho de “mosquita muerta”: “Doña Juanita Traslosheros, setentona rezandera y de genio avinagrado que no cesaba de reprender a su sobrina Carmen, *mosquita muerta* de quince años [...]”. Según el *Diccionario de Mexicanismos* explica lo siguiente: Mosca~ muerta: LOC. ADJ. Referido a alguien, que aparenta inocencia.<sup>24</sup>

En el siguiente párrafo de “El cabo Medina”: “Nada de llevarse a las viejas, ni de *empinar el codo*, ni de andarse con imprudencias y, sobre todo, *picos de cera* y calladitos la boca”; “*Pos qui* haga *asté* que se retire mi sargento para que pueda hablarle con *libertá*”; “Soy soldado y un soldado nunca se *pandea*, ni a *naiden* comunica una *consina*. *Vide* a mi sargento cómo le temblaban las piernas y pensé que *s’iba a cuatrapiar* como un infeliz y por eso le dije *a’ste* lo que le dije. Bueno, ya *se lo tronaron*, ¡Qué remedio! ¡*Pos ora*, que me truenen a mí!”.

19 Tomado de : <http://es.thefreedictionary.com/> abril 2017.

20 Tomado de: <http://www.banrepcultural.org> abril 2017.

21 José G. Moreno de Alba y Concepción Company Company, *op. cit.*, p. 208.

22 Guido Gómez de Silva, *op. cit.*, Tomado de: <http://www.academia.org.mx/macizo> 2 abril 2017.

23 Tomado de: <http://www.academia.org.mx/porrazo>. *Diccionario escolar de la AML* - José G. Moreno de Alba, Felipe Garrido y Rocío Mandujano Servín. Abril de 2017.

24 José Moreno de Alba y Concepción Company Company, *op. cit.*, p. 383.

“Empinar el codo” significa beber;<sup>25</sup> y “picos de cera”, según lo explica el *Diccionario de Mexicanismos*, significa: LOC. ADJ. *Referido a alguien*, que no revela los secretos que le confían.<sup>26</sup> Los siguientes vocablos, en “El cabo Medina”, son palabras pueblerinas que están escritas tal y como son pronunciadas y son ejemplo del cambio lingüístico, explicado con anterioridad. Éstas son: *qui*, *asté* o *a’sté*, *libertá* y *consina*. En el caso de *naiden*, se presenta una metátesis y de *vide*, (vi) es retomar el español de siglos pasados; así se comenta en la *Gramática de la Lengua Castellana por la Real Academia Española*: “Han escrito buenos autores, y aún suele decir el vulgo, en el pretérito perfecto, *yo vide*, *él vido*, formas desterradas ya del buen lenguaje”.<sup>27</sup> En *s’iba a cuatrapiar*, que, correctamente, se escribe “cuatrapear”, pero fonológicamente es más fácil la pronunciación con la “i” que con la “e”, ya que las vocales “e” y “a” son fuertes; es por ello más fácil la pronunciación de la “a” con la “i” que con la “e”. Esta palabra significa desconcertarse.<sup>28</sup> “Srita. María Gabucio Sánchez Mármol”: “Mala hierba nunca muere”.

Uno de los elementos que hace que un texto sea literario es el uso de las figuras retóricas. A continuación se nombran algunas que se encuentran en los textos del mayor Gonzalo Hernández Jáuregui. Por ejemplo en “10 de febrero de 1913”, encontramos una prosopopeya que consiste en darle cualidades humanas a los animales o a las cosas: “extridente<sup>29</sup> y siniestra carcajada de las ametralladoras”. Así es la definición de esta figura retórica: La Prosopopeya o Personificación es una figura retórica que consiste en atribuir cualidades o acciones propias de seres humanos a animales, objetos o ideas abstractas.<sup>30</sup>

En “Operación quirúrgica”, tenemos una analogía o símil: “Relación de semejanza entre cosas distintas”.<sup>31</sup> “[...] como si en la sangre tuviera dinamita, como si la osamenta fuera de acero y caucho, como si sus músculos fueran poderosas cuerdas de reloj y muelles de templo toledano”. En “Claro de luna”, aparecen prosopopeyas como estas: “[...] cuando las pasiones se desataban intransigentes y enconadas”;

25 Tomado de: <http://es.thefreedictionary.com/empinar+el+codo> abril 2107.

26 José Moreno de Alba y Concepción Company Company, *op. cit.*, p. 462.

27 Páez y Compañía Perlado (sucesores de Hernando), *Gramática de la Lengua Castellana por la Real Academia Española*, Madrid, Impresores y Libreros de la Real Academia Española, 1904, p. 135.

28 José Moreno de Alba y Concepción Company Company, *op. cit.*, p. 156.

29 *Sic*. Se transcribe como se encuentra en el original.

30 Tomado de: <http://www.retoricas.com>

31 Tomado de: <https://goo.gl/jKU1xj>

“Noche de luna... calles tortuosas y sombrías que repiten con eco vagoroso el rumor de los pasos; cantos de gallos vigilantes [...]”; un símil: “[...] que se cruzaban insultos contundentes como flagelos”; un oxímoron, que significan ideas contrapuestas: “[...] y en Aguascalientes, entre aplausos y disparos, entre gritos de cólera y vibraciones de júbilo y derroches de entusiasmo brotaban las frases incendiarias de los oradores de la Convención [...]”.

“Claro de luna” es una crónica de la Soberana Convención Revolucionaria, cuyo lenguaje poético y elegante por el uso de ciertas figuras retóricas, refleja un gusto especial por la literatura y que, en su final, la música une a un fraile franciscano, a un coronel convencionalista y a un abogado rabioso y rutinario.

El concepto de intertextualidad se encuentra presente en la narración de “Claro de luna” cuando menciona:

[...] se sabía de memoria las Pandectas, Las Siete Partidas,<sup>32</sup> el Fuero Juzgo; le eran familiares los discursos de Cicerón, los diálogos platónicos; recitaba pasajes enteros de la Eneida; declamaba en la lengua un tanto convencional del Lacio las Geórgicas y, aún a veces, si estaba de vena, leía con verdadera gracia los pasajes más escabrosos del Satiricón. De años no tan luengos conocía a Corneille, a Bossuet, a La Bruyère; se deleitaba con el Quijote y hacía grandes elogios de las Novelas Ejemplares [...].

Intertextualidad, según el Centro Virtual Cervantes, significa lo siguiente: “La intertextualidad es la relación que un texto (oral o escrito) mantiene con otros textos (orales o escritos), ya sean contemporáneos o históricos; el conjunto de textos con los que se vincula explícita o implícitamente un texto constituye un tipo especial de contexto, que influye tanto en la producción como en la comprensión del discurso”.

Y sigue mencionando a Lope de Vega, Calderón, Tirso de Molina, Shakespeare, Spinoza, Kant, Schopenhauer, Bergson, Tolstoi, etc., cuyas menciones denotan la cultura del militar.

En “Carta a la Srta. María Gabucio Sánchez Mármol” se presenta la metonimia que significa: “La Metonimia es una figura retórica que consiste en designar una cosa o idea con el nombre

---

32 Alfonso El Sabio es el autor.

de otra con la cual existe una relación de dependencia o causalidad (causa-efecto, contenedor-contenido, autor-obra, símbolo-significado, etc.)”.<sup>33</sup> Y cito del escrito que nos ocupa: “¡Oh, ingratitud, qué rojas son tus vestiduras! ¡Virtud, vergüenza ¿a dónde os ocultáis? Patriotismo ¿por qué no te levantas? Decoro, pundonor, vanos fantasmas forjados de ensueños; visiones esfumadas, sonrientes espejismos!”.

Los escritos de Gonzalo Hernández Jáuregui son un espejo de la época en que él vivió, cuando refiere a los personajes históricos que aparecen en sus relatos, inclusive con los comentarios relativos a dichos personajes, ya que plasma sus ideas políticas, sociales e históricas cuando habla sobre ellos; asimismo, las costumbres que plasma, atesora, recrea y revive son un renacimiento de principios del siglo XX, por las vivencias que atesoró y las cuales revive dentro de sus escritos. Por otra parte, los escritos del autor que ahora nos ocupa, son motivo de un estudio profundo del habla, ya que refleja la idiosincrasia de nuestro pueblo mexicano. La forma en que empleamos ciertos vocablos es la imagen de un pueblo en una época determinada puesto que retrata de forma escrita cómo se emplearon ciertos vocablos que algunos, hasta la actualidad, son empleados con la misma significación que le fue dada desde entonces.

No hay duda de que nuestra forma de hablar es una fotografía estática de la transformación al ir caminando por el tiempo, con los recuerdos de los padres y abuelos en el alma y el corazón, que se reflejan y salen de nosotros por medio de palabras.

*Ana Luisa Topete Ceballos*

---

33 Tomado de: <http://www.retoricas.com/2009/06/definicion-de-metonymia.html>. En abril 2017.



# LA REVOLUCIÓN Y LA TINTA. UN ACERCAMIENTO HISTORIOGRÁFICO A LA OBRA DE GONZALO HERNÁNDEZ JÁUREGUI

Para el historiador no hay más: el pasado sólo es asible a través de los restos que, puestos ahí con o sin deliberación, terminan por considerarse evidencias de tal o cual suceso. Sin embargo, este problema de la historia cuenta con algunos pormenores. Últimamente se ha reconocido que la intención que implica el resguardo de documentos o la redacción de algún recuerdo es un hecho que trastoca el conocimiento de lo histórico. El argumento no es simple tinta posmoderna: el acto de escribir o la existencia de documentos de toda índole no son hechos fortuitos, sino cúmulo de ansiedad y conciencia humana para abolir lo inevitable: la muerte, el olvido. En cierto punto, esa acumulación abandona su primera intención y se entrega a una disputa por el monopolio del pasado. En ocasiones, el paso de un estado a otro conlleva un proceso que por recurrente no es menos enigmático, pues es el surco donde la historia y el mito funden sus lindes. En este estado ya no se trata de relatar sucesos, de comprenderlos y explicarlos, sino de insertar valores y moralidad en las acciones de los seres humanos.

Éste es uno de los problemas fundamentales de la historiografía de la Revolución mexicana. Como prueba de la vigencia de tal problema, se puede mencionar que hace algunos años un histo-

riador estadounidense concibió un libro que, traducido literalmente al español, debiera titularse: “La Gran Revolución de México como memoria, mito e historia”.<sup>34</sup> Ante este dilema historiográfico una pregunta persiste: ¿cuáles son los lazos que la literatura de la Revolución ha mantenido simultáneamente con la historia y el mito de la Revolución? Como fuente documental, ¿aporta la literatura algo al conocimiento histórico científicamente construido o sólo es una referencia que engrosa el cuerpo y el peso del mito? La obra del mayor de artillería Gonzalo Hernández Jáuregui, que aquí se presenta y que en gran parte se encontraba inédita, es material abundante no sólo para considerar estas preguntas, sino para formular otras y continuar con las pesquisas.

La presente selección de textos de la obra de Gonzalo Hernández muestra que la Revolución mexicana fue la suma de lo que sus actores, fueran protagonistas o no, vivieron y conocieron durante la guerra revolucionaria: sangre, ambición, corrupción, ideales, indignación, héroes sin nombres, etcétera. Muchos de estos hombres y mujeres perecieron en el camino de la reyerta y los que sobrevivieron a ella murieron, y junto con ellos, sus recuerdos. Este suceso produce en el historiador un eco de resignación parecido al que se puede encontrar en un diálogo de la novela *La muerte de Artemio Cruz*, cuando el protagonista dice: “Sí; recuerdo a Bule, Aparicio, Gómez, el capitán Tiburcio Amarillas... a unos cuantos”; a lo cual su interlocutor responde: “Apuesto que no le sabes el nombre ni a veinte. Y no sólo a ellos. ¿Cómo se llamaban todos los muertos? No sólo los de esta revolución; los de todas las revoluciones y todas las guerras y hasta los muertos en su cama. ¿Quién se acuerda de ellos?”.<sup>35</sup>

Un porcentaje mínimo de los personajes que participaron en, y sobrevivieron a, la Revolución, escribieron memorias, autobiografías y novelas para recordarle a la posteridad su contribución a la gesta; hubo otros que escribieron con igual abundancia que aquéllos, pero que por una u otra circunstancia sólo publicaron un fragmento de sus textos. Los nombres del primer grupo son conocidos de sobra (de José Vasconcelos a Gonzalo N. Santos; de Martín Luis Guzmán a Álvaro Obregón); los del segundo grupo nunca se co-

34 Thomas Benjamin, *La Revolución mexicana. Memoria, mito e historia*, tr. de María Elena Madrigal Rodríguez, México, Taurus, 2003.

35 Carlos Fuentes, *La muerte de Artemio Cruz*, México, FCE, 1977, pp. 192-193.

nocerán en su totalidad. Entre otras cuestiones, el valor que guardan los escritos de estos últimos permite al historiador adentrarse a nuevos puntos de vista sobre la Revolución, para considerarla un suceso que no solamente despertó sueños y proyectos utópicos en intelectuales mexicanos y extranjeros, sino también como un asidero que acicateó la tinta literaria en muchos de sus actores, lanzándolos al silencioso ejercicio de enfrentar la hoja en blanco y expresar sus recuerdos mediante los artífices de la escritura. A este grupo de revolucionarios perteneció el mayor Gonzalo Hernández Jáuregui.

Dos textos de la presente selección (“10 de febrero de 1913” y “Carta a la Srita. María Gabucio Sánchez Mármol”) pertenecen al género epistolar y los sucesos que refiere se pueden localizar sin problema en la famosa línea del tiempo. En ellos, Gonzalo Hernández describe su indignación ante el golpe de Estado perpetrado por el general Victoriano Huerta en febrero de 1913, el cual culminaría con el asesinato del presidente Francisco I. Madero. Por otro lado, los demás textos aquí reunidos se presentan como narraciones de índole ficticia y de ambiente militar, con temas de batallas y fusilamientos. Sin embargo, su utilidad como fuente histórica contiene la misma riqueza que la que contienen las cartas sobre el cuartelazo y el asesinato de Madero. Esa cualidad de los textos, producto no únicamente de la sensibilidad literaria sino también de la experiencia militar de Gonzalo Hernández, lo pone a la par de otros novelistas, como Mariano Azuela. No se malinterprete la observación: pocos, pero bien ejecutados recursos literarios, combinados con una pericia personal en ciertos ámbitos, son suficientes para que un autor proyecte en su narrativa a personajes poseídos por el don de la verosimilitud histórica.

Un ejemplo sugerente. En su relato “Claro de luna”, Gonzalo Hernández describe una velada acaecida durante la organización de la Soberana Convención Revolucionaria en la ciudad de Aguascalientes, a finales de 1914. En el relato se retrata a un coronel, apellidado Sánchez Prieto, como un estudiante bohemio con carácter de artista, quien se hace amigo de un licenciado apellidado Uzárrega. La refinada personalidad del coronel Sánchez Prieto podría despertar suspicacia en quien busque densidad histórica en el cuento. Ello porque los personajes de la Revolución que han hipnotizado a propios y extraños, ayer como hoy, son los de Francisco Villa y Emiliano Zapata: jefes revolucionarios de estratos humildes. Pero resulta que el perfil trazado por Gonzalo Hernández para el perso-

naje del coronel Sánchez Prieto, embona perfectamente con datos duros que señalan que la mayoría de los generales y oficiales del ejército revolucionario se criaron en familias acomodadas y pudientes durante el porfiriato, de los cuales algunos interrumpieron sus carreras universitarias para sumarse a la Revolución, donde se les llamaba jefes “catrines” o “perfumados”, como Felipe Ángeles, Rafael Buelna, Manuel Chao o Eugenio Aguirre Benavides.<sup>36</sup> Tal como el historiador Alan Knight ha usado recurrentemente la obra de Mariano Azuela para ampliar el conocimiento histórico sobre el carácter de aquellos hombres “burdos” que la Revolución puso en la escena pública mexicana a nivel local y nacional,<sup>37</sup> así también el retrato del coronel Sánchez Prieto manufacturado por Gonzalo Hernández no es una quimera, sino un estampa bastante creíble de los generales y oficiales que engrosaron y capitanearon el ejército revolucionario.

Arriesgando un poco más la idea, la descripción literaria del coronel Sánchez Prieto podría verse como una grieta que invita a aguzar los elementos de una pesquisa que se centre en conocer la trayectoria de Gonzalo Hernández Jáuregui. No es ilícito preguntar si él se pintaba un autorretrato al describir el temperamento y la trayectoria de Sánchez Prieto. Después de todo, entre los ramales del árbol genealógico de Gonzalo Hernández se encontraban abogados e incluso un procurador que llegó a ocupar interinamente el gobierno de Veracruz en el porfiriato. A ello se podría agregar su gusto por el arte (específicamente por la escritura) y el hecho de que también él interrumpió sus estudios en el Colegio Militar para enrolarse en la Revolución.

Por otra parte, en la obra de Gonzalo Hernández se presenta con nitidez peculiar un fenómeno que Jorge Aguilar Mora ha descrito, pero que hasta hoy no se ha indagado lo suficiente:

Los “novelistas” más auténticos de la Revolución no se plantearon nunca la disyuntiva entre lo histórico y lo ficticio. De hecho, muchas obras tienen como objeto de reflexión justa-

36 Marta Ramos, “La élite militar revolucionaria en México. Sus orígenes socioculturales y ligas personales”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, v. 11, 1988, pp. 219-231.

37 Alan Knight, *La Revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*, tr. de Luis Cortés Bargalló, México, FCE, 2010, pp. 420, 552, 652, 667, 774, 775, 891, 924, 945, 1048, 1228, 1259.

mente la convivencia ineludible, en las experiencias vitales de los revolucionarios, de lo real y de lo inventado o imaginado o mentido.<sup>38</sup>

Si se eliminan de este párrafo las dos palabras (un tanto pretenciosas) “más auténticos”, se obtiene un argumento útil. En su obra literaria, Gonzalo Hernández Jáuregui resume experiencias vitales e inevitables que enfrentó como militar revolucionario. Su reflexión moral, social y política en torno a dichos sucesos vividos y sufridos no se muestra explícita, sino sutilmente narrada, dando cuenta con ello de un propio e irrepetible punto de vista sobre Revolución. Efectivamente, como toda narrativa de la Revolución, la obra de Gonzalo Hernández es un tipo de altavoz que confirma la pluralidad de experiencias subjetivas que nutrieron la Revolución, pero que la Ideología oficial desechó.<sup>39</sup> Por ejemplo, cuando se leen sus relatos “Claro de luna” y “Campanas y cornetas”, es inevitable recordar la novela *Navidad en las montañas* de Ignacio Manuel Altamirano. Contra el anticlericalismo (que fue un rasgo notable de los gobiernos revolucionarios), Gonzalo Hernández propone posibles finales felices entre los sacerdotes y los revolucionarios. Con ello, el autor muestra una divergencia ideológica respecto al curso que tomó la Revolución en el poder.

Por otra parte, los demás relatos aquí reunidos también presentan en su trasfondo problemas y fenómenos históricos: desde una sociología del zapatismo (“Operación quirúrgica”), pasando por el rol que las soldaderas asumieron en el ejército (“Juanita”) y episodios narrados fría y detalladamente donde la violencia tiene permiso para mostrarse tal cual (“El más valiente”, “Las escoltas regresan”, “El cabo Medina”). Solamente hay un texto donde el ambiente histórico es sustituido por la nostalgia y el lirismo de Gonzalo Hernández Jáuregui, el cual se titula “Diálogo”. El mérito de este texto no se localiza en el tema (los recuerdos de estudiante), sino en la capacidad del autor para escribir una obra que pudo ser concebida para representarse como número teatral y donde las rimas de las palabras y los sucesos chuscos se complementan con buen sentido del humor.

Finalmente, cabe apuntar un par de aspectos sobre el tratamiento literario. Llama la atención que en alguno de los textos

---

38 Jorge Aguilar Mora, *El silencio de la Revolución y otros ensayos*, México, Ediciones Era, 2011, p. 15.

39 *Idem.*

(sobre todo en “Operación quirúrgica”) se hace un uso asiduo del lenguaje popular. Por un lado, el detalle va acompañado por el abandono del voseo que todavía hoy se usa en varias regiones donde se habla la lengua española, pero que por aquel entonces ya empezaba a sonar arcaico y artificioso entre los literatos en México, aunque todavía lo practicaban autores del mismo perfil bajo en el terreno novelístico que nuestro autor, como Cipriano Campos Alatorre o Zeferino M. Mares, a quienes hemos estudiado en otra parte.<sup>40</sup> Por otro lado, el detalle indica un intento por incorporar la oralidad dentro de la grafía, y deja ver a Gonzalo Hernández como un autor no sólo atento a estas expresiones de raigambre cotidiana en ciertas capas de la población, sino también a cómo se estaba escribiendo en México. Sería interesante conocer esta vena plenamente literaria en la que abrevó (libros, autores) y en la cual también reside una buena parte de la estructura o la referencia de su estilo.

En fin, el lector podrá encontrar en estos diez relatos una gama de temas revolucionarios y militares, donde la narrativa de Gonzalo Hernández Jáuregui aparece explayando aquel tipo de subjetividad que, desde un ejercicio literario, es capaz de ampliar la comprensión de fenómenos vinculados al conocimiento histórico de la Revolución mexicana.

*Adrián Gerardo Rodríguez Sánchez*

---

40 “Juan Rulfo y Cipriano Campos Alatorre: vidas encrucijadas y bifurcaciones literarias”, en Alberto Vital Díaz, María Esther Guzmán Gutiérrez y Stella Cuéllar (coords.), *60 años de El Llano en llamas. Reflexiones académicas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2015, pp. 301-313 y “La obra periodística y literaria de Zeferino M. Mares: un patrimonio documental de Aguascalientes, 1879-1970”, Aguascalientes, Fondo Estatal para la Cultura y las Artes/ Gobierno del Estado de Aguascalientes, Instituto Cultural de Aguascalientes/CONACULTA, 2012, 140 pp. [Disco compacto]

**P**ersonajes:

Gonzalo Hernández Jáuregui  
Ignacio Pliego

G.      La de malas, señor;  
          aún no ha llegado.  
          Y no es esto lo peor,  
          sino que el tiempo corre desbocado  
          y pienso con temor  
          que al fin no llegará ese jorobado.  
          La de malas, señor,  
          ¿qué pensará el egregio sucesor

---

41      Inédito. Sin fecha. Mecanuscrito, con correcciones a mano. Archivo de Benjamín Flores Hernández. Probablemente se representó por los exalumnos mencionados (el propio autor y su condiscípulo Ignacio Pliego), en alguna celebración en el propio Colegio Militar, hacia los primeros años de la década de los treinta.

de Márquez, de Melgar, Suárez y Escutia,  
el buen Clemente Urrutia,  
que de esta fiesta fue organizador  
y con quien contrajimos compromiso  
de hablar, en oratoria decadente,  
con tono agreste y a la par sumiso,  
guasón, mordaz, sentimental, decente,  
para pasar el rato alegremente?  
¡Ojalá se le rompa la chiluca  
si no concurre a tiempo el de Toluca!...

- I. Tus últimas palabras, caro amigo,  
llegaron hasta mí, como por radio,  
y semejante a un púgil del estadio,  
aunque me vine a pie, ya estoy contigo.
- G. Llegaste a pie, mas perezoso y lasio  
siempre andarás despacio.  
Por lo tanto, mi cuate,  
acércate a esta mesa y toma asiento,  
destapa una botella de espumoso elemento  
y entrégate al contento  
de tomar sin fatiga ni dislate.
- I. Sin fatiga, ¡valiente disparate!  
Desde Toluca vine más que al paso,  
subí corriendo el monte de las Cruces,  
miré de allí de esta ciudad las luces  
y al fin llegué. Pero llena mi vaso,  
que del sudor no borraré la huella  
mientras no se concluya esta botella.
- G. Conclúyela, Nachín, si ese es tu empeño.  
Pero medita un rato, y aquilata  
que existe el compromiso  
de relatar con frase estrafalaria  
la historia amena,  
por lo bien contada,  
de nuestra antigüedad:  
la del **once** afamada,



por más que la del **cinco** nos presuma  
 con el gordo Samuel y el “Pollo” Salas,  
 que en las cenas  
 que hay en cada semana,  
 con voz aguardentosa y algo fea  
 a todos dan la lata  
 con su grito de guerra,  
 que a Enrique Flores Alatorre solo  
 anima y entusiasma.

- I. Porque Flores Alatorre  
 es de joven corazón,  
 que se ríe de sus ochenta  
 y el otro día me contó  
 que, entre sueños, él creía  
 que en el Colegio estudió  
 con la antigüedad del **once**  
 y hasta un premio se sacó.  
 Yo lo escuché con paciencia,  
 pensando aquí en mi interior  
 que el buen Enrique está chocho  
 y ya huele a extremaunción.  
 El general Casarín  
 padece el mismo dolor,  
 pues se cree también muchacho  
 y aún sé que te censuró  
 porque te encuentras más calvo  
 que pelota de “fut bol”.  
 Mira tú, que me hizo gracia  
 tan peregrina alusión.  
 Si es cierto que tus cabellos  
 consumaron deserción,  
 tus años multiplicados  
 por decenas de millón  
 no dan la edad de Burgoa  
 que con Noé platicó  
 y hasta navegó en el “arca”,  
 pues que pareja formó  
 con el “Chato” Hernández Chávez  
 antes que fuera doctor.

Rocha también nos presume  
con su copete antañón,  
que hace contraste marcado  
con el mágico fulgor  
de Castrito el diminuto  
y Madariega el panzón.  
¡Cuánta locura, mi cuate,  
y cuánta vacilación!  
Sólo Salvador Anaya  
y Arrieta, que es profesor  
masajista, y de perros  
es ferviente adorador,  
pudiera hacer otro tanto  
y aún, quizás, algo peor.

G. Pero Nacho, ¿qué te pasa?  
¿Ya olvidaste la misión  
de hablar de nuestra parvada  
de aguiluchos sin plumón?

I. No, querido “Poco pelo”,  
préstame un rato atención.

G. Atención, de buena gana,  
pero jamás un tostón.

I. Mañanita diciembrera  
de mil novecientos diez,  
perfumada, bullanguera  
como no he visto otra vez.  
Con los besos maternos  
que aún mi pecho hacían temblar,  
traspuse al fin los umbrales  
del **Colegio Militar**.  
Hicieron mi filiación,  
sufrí el reconocimiento,  
el examen de admisión,  
y quedó concluido el cuento.  
Los antiguos festejaron  
a su nuevo camarada,

y fui a parar a la alberca  
 a la siguiente alborada.  
 Al llegar al comedor  
 a la hora del desayuno  
 le echaron sal al café,  
 pan, no me dejaron ni uno.  
 Me tantearon los frijoles  
 a la hora de la comida.  
 ¿Y mi fruta...? Galopó  
 como caballo sin brida.  
 Por la tarde, un individuo  
 con dos cintas de sargento,  
 me impuso el primer plantón  
 por no saludarlo atento.  
 Y, después de la “retreta”,  
 un grupo de encapuchados  
 me subieron al reloj;  
 con ademanes airados  
 me hicieron poner de hinojos,  
 subir en alto los brazos,  
 y, con saña incontenible,  
 me dieron diez mil cuerazos.  
 En fin, para qué te cuento  
 todo lo que me pasó,  
 si un caso muy parecido  
 a ti mismo sucedió.  
 Sufrí tanto en esos días,  
 que estuve en continuo brete  
 y puedes creerlo, hermano,  
 renegué de ser cadete.

- G. Pero, ¿qué tal en segundo,  
 ya de feroces dragones,  
 que tomamos el desquite  
 con los pobres “novelones”?  
 Y luego, que poco a poco  
 fuimos entrando en confianza  
 y conociendo a los cuates.  
 ¿No te acuerdas de Carranza?  
 ¿No te acuerdas de Cerezo,

no te acuerdas de Platón,  
ni de Leobardo Valtierra  
ni de David Vázquez León?  
¿Te acuerdas del buen Cecilio  
que sabía tantas canciones,  
y de don Mario Domínguez  
que era el rey de los plantones?  
Y si no te estoy cansando  
ni se agota tu paciencia,  
¿no te acuerdas de aquel flaco  
José Mijares Palencia?

- I. Flaco fue, bien lo recuerdo,  
pero actualmente, ¡qué horror!,  
se le ha cargado la carne  
en la parte posterior.
- G. Muy gordo está don José  
pero es de satisfacción,  
pues manda seis mil gendarmes  
desde la nueva Inspección.  
Lo mismo el “Grillo” Camargo,  
con el paso de los años  
tiene una línea porcina  
que asusta a propios y extraños.
- I. Quién le iba a decir, manito,  
al gran don Julio Novoa,  
que hoy en la Contraloría  
cortara la barbacoa.  
¿Qué, ya se le habrá olvidado  
que en sus tiempos de amarguras  
sólo comía en el Colegio  
frijoles y fornituras?
- G. El otro día me escribió  
de Sarabia una sobrina,  
de lo bien que se portó  
allí Nazario Medina.

- I. Es claro y es natural.  
 Desde cadete pintó  
 como un chico muy formal;  
 y ya ves, pronto logró  
 ascender a general.  
 También Reinaldo, tu cuate,  
 que es un apuesto doncel,  
 con valor que nada abate  
 ha llegado a coronel.
- G. Y don Jesús Nieto Hernández  
 de soldado erró la pista,  
 puesto que vive actualmente  
 chambeando de periodista.  
 Todos cambian con el tiempo:  
 unos progresan campantes,  
 otros con triste fracaso  
 son pobres y mendicantes.
- Sólo nosotros, mi amigo,  
 a pesar de nuestros males  
 y nuestra brujez continua  
 nos sentimos colegiales.



# CARTA A LA SRITA. MARÍA GABUCIO SÁNCHEZ MÁRMOL<sup>42</sup>

Chapultepec, a 19 de febrero de 1913

Mi luz de María:

Ahora, que parece que la paz vuelve a reinar en la capital; hoy, que se logró el triunfo del asqueroso cuartelazo y que una dictadura militar toma el Gobierno de la Nación, te escribo. El atropello de que ha sido víctima el presidente Madero no tiene precedente en la historia; sólo falta que para coronar el crimen, se ordene su fusilamiento.

¡¡¡El horror más grande!!! ¡La debacle!

Y luego se habla de moral y de virtud; luego se dice que el hombre digno lograría vencer después de sus fatigas. ¡Mentira! El que es justo y el que es honrado ha sido señalado con el estigma del odio y de la ingratitud. ¿Cuál es la falta de Madero? ¿En dónde están sus delitos?

---

42 Inédito. Mecanuscrito original, con correcciones a mano. Archivo de Benjamín Flores Hernández.

¡Y sin embargo se le aprisiona, y el pueblo imbécil, ese mismo pueblo que en días pasados le victoreaba, ahora permanece indiferente y no sale a su defensa!

¡Ah, destino de la humanidad! ¡Raza maldita!

Ayer supe la noticia de la traición, y sentí angustia de ver rebajado el nombre del ejército. ¿Pero adónde se halla la dignidad de tal institución? No hay más que acudir al pasado, y él contestará esta pregunta.

Adorada mía, ¡ya lo ves! Hasta el amor padece de esas amarguras que matan a la patria.

De tantas milicias, sólo la del Colegio se mantuvo en su puesto; sólo ella permaneció inmaculada. ¡Y la sociedad nos insulta porque cumplimos un deber sagrado y porque no hicimos traición! ¡*Oh tempora!*

¿Cómo estás, vida de mi alma? ¡Habrás sufrido mucho por mí! No, no tengas cuidado que estoy bien, gracias a las plegarias que por mí le diriges a Dios. De mí no te preocupes, que estoy destinado a dar mucha guerra en este mundo. Mala hierba nunca muere.

Mi niña linda, ¡vieras cuántas angustias venían a mi alma de pensar en ti, que acaso estarías llorando! Yo te quiero mucho, mucho, muchísimo, mi Cucú, mi princesita, mi reina.

La vida de estos últimos días, fuera de sus tristezas, ha tenido muchos y muy grandes atractivos. Te la voy a referir.

## Día nueve

Quién hubiera imaginado ayer, cuando recibí tu carta que me trajo el consuelo deseado con tanto ardor, que ahora, que estaba seguro de verte y de decirte la inmensidad incomparable de mi amor hacia ti, de gozar el infinito placer de estar a tu lado, tú tan buena, tú encantadoramente divina, un suceso tan desastroso prolongara nuestra ausencia.

La guerra con todos sus horrores ha cubierto con su negro manto la capital de la República. La guerra en su aspecto más triste macula nuestra dignidad de hombres. ¡Guerra civil! Maldición que el cielo airado ha lanzado sobre el país.

El nombre del ejército enfangado con el lodo asqueroso de los cuartelazos y las sediciones. Un gobierno legal que se hunde bajo el peso brutal de rencores no saciados y de ambiciones bastardas e infamantes.



Un hombre justo, digno, que contempla con ojos de terror que sus alientos de paz, regeneración y democracia, de civilización y progreso, de igualdad y de derecho, han caído al vendaval apocalíptico del deshonor y de la perjuría.

¡El pueblo es injusto!

¡Ah, cuán hermosos son los destellos de los entorchados, el tintinear de una espada y el palpitar de un penacho blanco aunque bajo tanto brillo se oculte un monstruo de tiranía y de crueldad!

...Y el hombre sano de conciencia y de sentimiento que supo decir al pueblo, como Cristo a Lázaro, “levántate y anda”; ese hombre que ha sido el único que se enfrentó al tirano; que ocupó el poder por legítima elección; ese hombre, es ahora insultado, escarnecido, maldecido...

Mientras tanto esperamos el fallo de la Historia.

---

Estamos en el Cuartel de Zapadores; voy a decirte cómo llegamos.

Serían las siete de la mañana. Yo, como casi todos los compañeros, arreglaba mi uniforme para salir a México; en mi alma bullía la alegría de estar junto a ti y por mi loca imaginación cruzaban mil y mil deseos y mil y mil sensaciones de palabras calladas, de dichas futuras, de sonrisas argentinas que iba a escuchar; de ojos de fuego que me iban a mirar. Pensaba en ti. ¡Qué lejos estaba de imaginar lo que iba a suceder! De pronto, llega el jefe y con voz que denota a un mismo tiempo impaciencia y nerviosidad, ánimo y energía, decisión y duda, dice: “¡Aprisa! ¡Aprisa, armada!, inmediatamente baje la compañía”. Y así como el agua se precipita en los torrentes, así bajamos a la terraza principal.

Dos minutos bastaron para que todo el personal ocupara sus puestos.

Se organizan las secciones, se reparten las municiones, y a la carrera y como se pueda, vamos a desayunarnos. Cuando terminamos y salimos a la terraza, la vemos ocupada por fuerzas de Caballería, policías en su totalidad, que como nosotros esperaban la orden de marcha. ¡¡¡Guardia!!! ¡¡El ciudadano presidente de la República!! Este grito lo lanza el centinela del Castillo en los momentos en que el supremo jefe penetra en el Colegio.

¡Qué sencillez y cuánto estoicismo!

Viene a caballo, lo acompañan el jefe de la Policía, un mayor, y algunos de sus ayudantes.

La simpleza de su traje, la sinceridad de sus modales, todo en él retrata al hombre honrado. ¡Ah! Pero cuando nos arenga, cuando exclama con acento viril que el Colegio Militar es la garantía del honor de la patria... “Vamos cadetes, dice, vamos a México; vuestro paso por las calles será un glorioso paseo triunfal. Demostraréis que la traición no ha manchado vuestros pechos juveniles y que no todo el ejército es desleal”.

Y su voz, de costumbre endeble y monótona, toma sonoridades de trueno; y sus ademanes, por lo común tímidos, se transforman en furiosos y sublimes.

Ya no es el hombre que habla; es el huracán que ruga. Es el sol de la justicia desgarrando los turbios nubarrones de la ingratitud.

---

Bajamos por la rampa con el ánimo enardecido, con la respiración jadeante y llevando en el pecho la opresión de una tristeza infinita. Algunos llorábamos, pero no el llanto aniñado y cobarde, sino lágrimas de admiración y de respeto al hombre, a la fortaleza y al valor. ¡¡Viva el gobierno legal!!

Cuando pasamos por la rotonda en que termina el Bosque y comienza el Paseo de la Reforma encontramos multitud de soldados, bomberos y voluntarios, que eran arengados por el secretario de Guerra, quien a pesar de estar herido en el pecho se mantenía erguido e indiferente al dolor.

Al llegar a la Columna de la Independencia, se toma el dispositivo de combate y se comienza a enviar a paso veloz patrullas de reconocimiento a ambos lados de la avenida. Todo coche, automóvil o peatón que viene del centro es regresado.

Antes de llegar a la Alameda hacemos alto, y se establecen en las calles circunvecinas pequeñas guardias que impidan el paso de curiosos y de carruajes al sitio ocupado por el Colegio. En esos momentos, empieza a dejarse oír el estallido de algo que creemos cohetes. De seguro se celebra nuestra llegada, nuestra marcha es triunfal. Sólo faltan las flores, porque en los balcones y en toda la calle, que a pesar de estar vigilada se encuentra llena de curiosos, vemos agitarse los pañuelos, y atruenan el aire gritos interminables de: “¡Vivan los leales!”, “¡Bravo, muchachos!”, “¡El Colegio Militar

no se mancha con traiciones!”, “¡Son los descendientes de los que murieron en el 47!”.

Todo esto, iluminado por el fulgor de un sol que se ostenta candente y esplendoroso, unido al constante traqueteo de los cohetes y al ardor de la sangre que corre en nuestras venas, se me presenta como un cuadro magnífico.

¡¡Era César triunfante que regresa a Roma!!

El cielo está más claro que en los mejores días de desfile, tanto es así que ni pensamos en que falta el bélico acento de las bandas de música.

“¡De frente. Marchen!”.

Y marcado y gallardamente rítmico es nuestro paso, y es el golpeteo de las armas de un atractivo encantador.

Entramos en San Francisco. ¡Cuánto cohete! ¡Qué derroche de galantería!... No cabe duda, es un paseo triunfal.

Esta ilusión dura poco; al llegar al cruce con la calle de Gante, la presencia de un caballo herido y desazonado que trata de huir demuestra que algo más peligroso que cohetes es lo que repercute por los aires. No hay lugar a vacilaciones; son balas que llevan en la pequeñez de su materia luto, sangre, desolación y muerte.

Ya se perciben los lugares de donde parten las descargas: de la Casa Mosler, del Hotel Iturbide, de las azoteas del Salón Rojo, de La Esmeralda, llueven las balas.

No hay más remedio que pegarse a la pared para esquivar en lo posible los proyectiles. Estando así, es cuando la primera sección al mando del teniente alumno Covarrubias se encarga de seguir avanzando por San Francisco. La segunda y tercera sección de la primera compañía y la primera sección de la segunda, todas al mando del director, damos vuelta por Gante para dirigirnos por el 16 de Septiembre. Dos ametralladoras al mando del teniente alumno Alberto Ángeles nos acompañan.

Dos secciones de la segunda compañía y la primera de la tercera van por el 5 de Mayo; llevan también dos ametralladoras, al mando del sargento segundo Padilla; manda todo este destacamento el mayor Marín, jefe de Instrucción del Colegio. Las dos secciones restantes de la tercera compañía marchan por la calle de Tacuba a las órdenes del capitán Cuenca.

Una vez desprendido del grueso nuestro destacamento, la primera y segunda secciones se despliegan en tiradores a lo largo de la calle de Gante para después dar vuelta por el 16 de Septiembre.

Nuestra tercera sección se divide en grupos pequeños que penetran en las casas para fortificarse y combatir desde sus azoteas. Los que vamos por el 16 de Septiembre somos precedidos por algo más de una compañía de voluntarios del Cuerpo de Seguridad, los que debido a la imprudencia de sus jefes van desplegados de acera a acera y forman grupos compactos muy vulnerables a los disparos del enemigo.

Sin embargo, en aquellos momentos estas meditaciones estaban muy lejos de ocupar mi cerebro; puesto que yo a media calle me entretenía con el peculiar silbido de los proyectiles Mauser, hasta que la voz imperiosa de un sargento hizo que volviera a seguir la hilera formada por mis compañeros.

Mientras más adelantamos mayor es la frecuencia del fogeo; ya se deja oír estridente y siniestra la carcajada de las ametralladoras.

La sangre se agolpa y mi vista se nubla. Añade esto el espectáculo de ver caer muerto el mismo caballo que monta el director, y tendrás una idea de lo que en mí pasaba.

Mas esa sensación es rápida; no tarda ni lo que el fulgor de un relámpago. Cesa el calosfrío; la sangre calma su ímpetu, y un deseo de hacer algo grande y sonado es el pensamiento que me embarga.

¡Morir llevando en los labios un gesto de desprecio a la vida!  
¡Morir, pero después de haber matado!

Y si no muero, si me rompen una pierna, si me destrozan la cara con una bala explosiva... ¡Qué feo! ¡Qué antiestético!

Luego pienso más hondo y veo que ese sacrificio es inútil: un fratricida jamás puede ser héroe. ¡La guerra es injusta! Entonces se apodera de mí la tristeza de que te he hablado antes, y escucho sonora y vibrante una voz que me grita: ¡Maldita sea la guerra civil!

Tu recuerdo aparece, y siento que no puedo sostenerme en pie, siento que acaso mi muerte te causará penas incurables... ¡Ah, si retrocedo, seré miedoso; tú no querrás, tú no podrás querer a un cobarde!

En esos momentos veo caer a mis pies a un desgraciado y me doy cuenta de lo que es la vida. El destino es irrevocable en sus designios, si tengo que morir, moriré. Y ya no hay temores y entro a la refriega...

La Plaza de la Constitución llena de cadáveres...

Así entre las balas llegamos al Zócalo. Se toca el cese del fuego. Luego vamos a Palacio para formar una red de vigilancia. A las cuatro de la tarde vamos a la Acequia. A las diez de la noche entra-

mos a recogernos en Zapadores. ¿Qué seguirá mañana? No lo sé. Mientras tanto, fortalézcame tu recuerdo...

21 de febrero de 1913

¡Cuántas tristezas! ¡Cuántas amarguras llenaban mi pobre ser durante estos últimos días en que el dolor, el crimen y la muerte constreñían entre sus aceradas garras el cuerpo de nuestra desdichada patria!

¡Oh, ingratitud, qué rojas son tus vestiduras! ¡Virtud, vergüenza! ¿Adónde os ocultáis? Patriotismo, ¿por qué no te levantas? Decoro, pundonor, ¡vanos fantasmas forjados en ensueños; visiones esfumadas, sonrientes espejismos!

¿Adónde está la sombra de Guerrero? Espíritus de Anaya y Degollado, ¿por qué no palpitáis? ¿Por qué la vida no mueve vuestros cuerpos?

¡Libertad! ¡Libertad! Fúlgido cielo de grandes esperanzas, anhelo de este pueblo escarnecido. ¿Qué pasó con la sangre derramada por Hidalgo y Morelos? ¿Dónde están tus divinos resplandores? ¡Libertad, libertad! ¿Por qué te alejas? El derecho no existe. En vano Juárez luchó por conquistarlo con la pluma, en vano hizo las leyes de Reforma.

¡Constitución, Constitución! ¡Tu sentencia de muerte está firmada!

México, adorado país, tu integridad peligra; tu dignidad ha muerto.

Reina mía, ¿no sientes como yo todas estas angustias? ¿No lloras como yo todos estos horrores?

¡Pobre patria! La esclavitud ha brotado en tu suelo. Y al mirar ese cielo azul puro y tenue, y al mirar ese sol que brilla aquí con más fulgores que en ninguna otra tierra, siento ganas intensas de llorar.

México, tierra de promisión, tierra edénica, tu conjunto es hermoso, tus detalles espléndidos; mas de la mezcla de todas las razas que formaron a tus hijos de hoy sólo heredamos los defectos y ninguna de las virtudes de nuestros antepasados.

He aquí la historia del México independiente: unos que suben y otros que bajan. Lerdo, el hombre recto, el amante de las libertades, el que decía: “la prensa se combate con la prensa”, cayó bajo el empuje de un enemigo poderoso: el general Díaz: treinta años de

asesinatos y de crímenes. ¿Cómo murieron Ramón Corona, Riva Palacio, Juan de la Luz Enríquez, Romero Rubio y el mismo Lerdo de Tejada? ¿Qué pasó en Veracruz?

El pueblo sumido en la ignorancia...

Francisco I. Madero se imaginó que libertando al pueblo haría una obra de redención. Y hubo una fiesta de luz y de gloria. La entrada de Madero en la capital fue un espectáculo nunca visto; mas el odio y la aristocracia, los militares y la ingratitud, se encargaron de todo: el gobierno popular cayó. Ya triunfó Félix Díaz, ya tendremos paz porfiriana. ¡Viva la espada!

¿Qué seguirá después? *¡Chi lo sa!*

Tu

Gonzalo

## 10 DE FEBRERO DE 1913<sup>43</sup>

Quién hubiera imaginado ayer que un suceso tan desastroso iba a convertir nuestras alegrías en tristezas.

La guerra, con todos sus horrores, ha cubierto con su negro manto la capital de la República. La guerra, en su aspecto más triste, macula nuestra dignidad de hombres. ¡Guerra de odios y de venganzas! Maldición que el cielo, airado, ha fulminado contra el país.

El nombre del ejército enfangado nuevamente en el lodo asqueroso de una sedición. Un gobierno legal que se hunde bajo el peso brutal de rencores no saciados y de ambiciones bastardas e infamantes. Un hombre justo, honrado, que mira con ojos de terror que sus alientos de paz, de regeneración y de libertad, de civilización y democracia han caído al vendaval apocalíptico del deshonor y de la perjuría...

¡Ah, cuán hermosos son los destellos de los entorchados, el tintinear de una espada y el tremolar airoso de un penacho blanco, aunque bajo tanto brillo se oculte un monstruo de tiranía y de crueldad!

Y el hombre sano de conciencia y de sentimientos, el que supo decir al pueblo: “levántate y anda”, ese hombre que ha sido el único que se enfrentó al tirano, el que ocupó el poder por legítima elección, ese hombre es ahora insultado, escarnecido, maldecido.

Mientras tanto, esperemos el fallo de la Historia.

---

Serían las seis de la mañana. Como era domingo, todos los cadetes nos afanábamos en arreglar nuestros uniformes para salir.

En el cuartel “González Salas” todo era bullicio y actividad.

Manos que agitan nerviosamente cepillos de zacatón, lustrando botonaduras.

Agujas que ocultan diestramente alguna indiscreta rotura.

Brochas que untan grasa en el endurecido cuero de los zapatos reglamentarios y, luego, mucho trapear, mucho escupir y mucho lustrar.

Risas, bromas, frases de triple sentido, alguna que otra voz en demanda de un imposible silencio.

Las levitas han sido renovadas en absoluto a fuerza de cepillo y agua.

Las gorras “germanizadas” como por encanto.

Era cosa de escucharse los diálogos en el pintoresco “caló” estudiantil:

— ¡Hora sí, manito, pelada! Ya cumplí mis cuatro domingos. Me voy a dar el gran vuelo en Méjico.

— Ni creas. Como ya hace tanto que no sales, se te va a hacer rechiquito el domingo. Pero eso te pasa por “degenerado” y por “tanteador”.

— La pura verdad es que me “cayó” el arresto nada más porque mi sargento Espejel es muy “gordo” y se chilló de que me había encontrado dormido estando de centinela.

— Bueno, si quieres nos vamos juntos o, si te parece mejor, nos vemos en San Francisco.

— ¿En San Francisco? ¡Újule! Allá irás tú que te las das de muy “prusiano”. Yo me lanzo al Carmen a echar verso con dos chamacas de la Lerdo muy entradoras. Adelita y Amparo, ¿las conoces?



— ¡Cómo no! Si el año pasado no hubo jueves que no vinieran...  
¡Qué lejos estábamos de pensar en lo que iba a suceder!

De pronto llega el subdirector, y con voz que denota a un mismo tiempo impaciencia y nerviosidad, ánimo y energía, decisión y duda, dice:

— ¡Aprisa. Aprisa. Armada. Inmediatamente, baje la compañía!

Y así como el agua se precipita en los torrentes, así bajamos nosotros a la terraza principal.

Dos minutos bastan para que todo el personal ocupe sus puestos.

Se organizan las secciones, se reparten las municiones y rápidamente pasamos a desayunarnos. Cuando volvemos a la terraza, ésta se encuentra ocupada por fuerzas de la Gendarmería montada y de Bomberos que, como nosotros, esperan la orden de marcha.

Momentos después oímos al centinela del Castillo, que grita:

— ¡Guardia, el ciudadano presidente de la República!

El supremo mandatario entra montado en su primoroso torcillo; lo acompañan el inspector general de Policía y tres ayudantes.

¡Qué majestuosa sencillez!

— ¡Presenten armas!

Sonriendo, con esa su sonrisa franca y noble, contesta nuestro saludo.

Se detiene frente al centro de la línea desplegada que formamos y comienza a hablarnos con el tono característico de la gente del Norte.

¡Ah, pero cuando se anima, cuando exclama con acento viril que el Colegio Militar es la garantía de la honra de la patria, cuando nos dice: “Vamos, cadetes, vamos a Méjico, vuestro paso por las calles será un glorioso paseo triunfal; demostraréis que la traición no ha manchado vuestros pechos juveniles y que no todo el ejército es desleal”!

Entonces su voz, de costumbre endeble y monótona, toma sonoridades de trueno y sus ademanes, de común tímidos y ridículos, se truecan en furiosos y sublimes.

Ya no es el hombre que habla, ya no es el presidente ultrajado que expresa su indignación y su amargura; es la catarata que atruena al desplomarse en el abismo, es el huracán que ruge, es el volcán que se inflama, es el sol de la justicia rasgando los negros nubarrones de la ingratitud.

---

Bajamos por la oscura rampa con el ánimo enardecido, con la respiración jadeante, llevando en el pecho la opresión de una angustia infinita.

Algunos llorábamos, pero no el llanto aninado y cobarde, sino lágrimas de admiración y de respeto al hombre, a la fortaleza y al valor.

¡Viva el gobierno legal!

Cuando pasamos por la rotonda en que termina el Bosque y comienza el Paseo de la Reforma encontramos a multitud de soldados del Cuerpo de Seguridad a quienes arengaba el secretario de la Guerra, que a pesar de estar herido se mantenía firme e indiferente al dolor.

Cuando llegamos a la Columna de la Independencia se ordena que tomemos dispositivo de combate, destacándose al paso veloz patrullas de reconocimiento a ambos lados de la avenida.

Poco antes de llegar a la Alameda hacemos alto y se establecen en las calles circunvecinas pequeños puestos que impiden el paso de curiosos y carruajes al sitio ocupado por el Colegio.

Hacia el rumbo del Zócalo se escucha el estallido de algo que creemos cohetes.

De seguro se celebra nuestra llegada.

Sólo faltan las flores y las músicas. En los balcones y en la calle, que a pesar de estar vigilada se encuentra atestada de curiosos, vemos cómo se agitan los pañuelos y oímos cómo atruenan gritos entusiastas: “¡Vivan los leales!”, “Bravo, muchachos”, “¡Viva el Colegio Militar!”, “¡Son los descendientes de los que murieron en el 47!”.

Todo esto, unido al fulgor de un sol que se anuncia candente y esplendoroso, al constante tronar de los cohetes y al ardor de la

sangre que corre en nuestras venas, se me presenta como un cuadro magnífico.

El cielo está más claro que en los mejores días de desfile.

– “¡De frente, marchen!”.

Y marcado y gallardamente rítmico es nuestro paso y es el golpe de las armas de un atractivo encantador.

Entramos en San Francisco.

¡Cuántos cohetes!, ¡cuánto bullicio!

No cabe duda, es un paseo triunfal.

Pero esta ilusión dura poco; al llegar al cruce de la calle de Gante la presencia de un caballo herido y desazonado que trata de huir, nos demuestra que algo más peligroso que cohetes es lo que repercute por los aires. Son balas y de las que matan.

Ya se perciben los lugares de donde parten las descargas. De la Casa Mosler, del Salón Rojo, de La Esmeralda llueven las balas.

No hay más remedio que pegarse a la pared para esquivar en lo posible los proyectiles.

Entonces es cuando la primera sección de la primera compañía a las órdenes del teniente Salvador Cortina se encarga de seguir avanzando por San Francisco.

La segunda y tercera secciones de la primera compañía y la primera sección de la segunda compañía, todas a las órdenes del subdirector, damos vuelta por Gante para dirigirnos rumbo a Palacio por 16 de Septiembre. Una sección de ametralladoras que manda el teniente alumno Alberto Ángeles nos acompaña.

Dos secciones de la segunda compañía y la primera de la tercera siguen también por San Francisco a las órdenes del mayor Tomás Marín, jefe de Instrucción del establecimiento. Llevan también dos ametralladoras con el sargento segundo Padilla.

Las dos secciones restantes de la tercera compañía marchan por la avenida del 5 de Mayo a las órdenes del capitán primero Cuenca y una ametralladora que maneja el cabo Chávez.

Una vez desprendidos del grueso se nos ordena que la primera y segunda secciones se desplieguen en tiradores o mejor dicho en cordón a lo largo del 16 de Septiembre. Nuestra tercera sección es dividida en pequeños grupos que penetran en las casas para hacer las posibles exploraciones y sostiene tiroteos contra imaginarios adversarios.

Preceden a nuestras secciones algo más de una compañía de voluntarios del Cuerpo de Seguridad, que torpemente se despliegan de acera a acera y forman grupos compactos muy vulnerables a los disparos de nuestros contrarios.

Mientras más adelantamos mayor es la densidad del fogeo y deja oírse acaso con demasiada frecuencia la extridente y siniestra carcajada de las ametralladoras.

Siento algo así como si la sangre se agolpara de pronto en mi cerebro y como si mi vista se nublara.

Hay una grande confusión; no sabemos cuáles son amigos y cuáles enemigos, pues leales y sediciosos portan iguales uniformes. Pasan gentes gritando. Alguno que otro soldado dispara su arma sin darse cuenta de lo que hace, impulsado únicamente por un misterioso afán. Un papelero, rapazuelo como de siete años sin conciencia del peligro, pregona, cantando, su mercancía que nadie le compra.

Así fue como llegamos hasta la esquina del Centro Mercantil.

Parece que nuestro jefe tiene intenciones de que ocupemos el Palacio del Gobierno del Distrito, pero la sola acción de atravesar la calle es, en aquellos instantes, un acto temerario.

Del Cuerpo de Seguridad han caído muertos ya muchos soldados, los restantes no saben qué hacer ni a qué santo encomendarse.

“¡Vayan pasando, muchachos!”.

Y comenzamos el paso, ¿llenos de temor?, ¿llenos de bríos? ¡Quién sabe!

El capitán Agustín Isunza pasa primero, luego el sargento Espejel, luego yo, luego otro y otro más.

Y desde allí, de los portales, empezamos a disparar contra las torres de Catedral, contra los balcones y las azoteas del Palacio Nacional creyendo que a cada uno de nuestros tiros caen, por lo menos, tres o cuatro enemigos.

Casi como un rumor llega hasta nosotros el eco de un clarín que toca “cese al fuego”.

Los disparos van haciéndose más y más escasos hasta que casi cesan por completo.

Ignoramos en poder de quiénes está Palacio y así, con esa incertidumbre, llegamos al Cuartel de Zapadores.

Salvando tapias llegamos al patio principal de Palacio, en donde nos forman. Algunos médicos y practicantes no tienen punto de reposo para atender a tanto herido que hasta de tres en tres va

trayendo la ambulancia en sus camillas. Luego nos sacan para formar en el Zócalo una especie de red de vigilancia.

Poco después llega el c. presidente escoltado por una escuadra de alumnos del Colegio Militar entre los que veo a los cabos Albarrán y García Peña y a los alumnos Reinaldo Híjar, Carlos Carranza, Manuel Larios y F. Mier.

El sr. Madero viene montado en el mismo famoso tordillo.

Sereno, impasible y lleno de nobleza.

Gente del pueblo emocionada con la contemplación de un acto de valor tan heroico lo aclama en un grito interminable.

Luego la plaza queda otra vez muda y triste, llena de cadáveres en las posturas más trágicas y ridículas, horribles y deshonestas.

A las cuatro de la tarde nos llevan a la Acequia, donde vivaqueamos. Gracias a la caridad de las damas y jóvenes del vecindario podemos comer.

A las seis de la tarde se nombra un servicio especial de rondines, guardias y patrullas que se tragan casi todo el personal del Colegio.

Como a la una de la mañana nos releva un batallón y nos vamos a dormir a Zapadores.

¿Qué seguirá después?



# OPERACIÓN QUIRÚRGICA<sup>44</sup>

*A mi hermano Raúl*

## I

No solamente los campesinos y los propietarios de pequeños predios rurales; no solamente la gente del pueblo y los peones respondieron al llamado de Zapata, aprestándose a luchar por el Plan de Ayala. También muchos estudiantes, después de la caída del general Huerta, desesperados quizás con la clausura de las escuelas, se resolvieron a abandonar la capital de la República para irse a Morelos a engrosar las filas del agrarismo. Pasantes de Derecho, normalistas, preparatorianos, practicantes de hospital se decidieron a correr las aventuras revolucionarias y andar a salto de mata por riscos y breñales, malcomiendo en las guaridas de la sierra la miseria de un alimento conseguido con peligros indescriptibles, durmiendo cada noche en lugar diferente, padeciendo las inclemencias de la temperatura, ora helada y flageladora en los acantilados del volcán ya depresiva y enervante como “caldarium” y romanas termas en los valles de Cuautla y en las llanadas de Jonacatepec, calmando la sed con la engañadora transparencia de las linfas bullidoras que se precipitan irisadas y frescas entre quiebras o se deslizan en tímidas

---

44 Publicado en *La patria*, México, 26 de enero de 1931, pp. 3, 7 y 8.

corrientes. Linfas mentirosas que esconden el morbo de la malaria insaciable, como los mangos y las guayabas, como las chirimoyas y los zapotes que a trueque de una delicia momentánea ocasionan mortales disenterías.

Briosamente, con el entusiasmo de la juventud, aveníanse los muchachos a esa vida de agitaciones y sorpresas. Alardeaban de jinetes en sus pencos pequeñines y resistidores; se alzaban provocativos el ala de los charros sombreros, usaban guayaberas multicolores, se enrollaban al cuello la flotante mascada, ceñían las piernas con charreras cuerudas y hasta algunos, los más convencidos o los más farsantes, para confundirse con sus huestes, andaban de guaraches y vestían el calzón blanco y simbólico.

En los pueblos se mezclaban con los cabecillas, afanándose por no enseñar el cobre, de manera que, con frecuencia, los excedían en sus desplantes y arrogancias. Que se trataba de correr una parranda con balacera reglamentaria, con libaciones abundosas, con gritos de trogloditas enloquecidos, allí estaban los muchachos de México. Que se organizaran incursiones a las avanzadas carrancistas, los muchachos se rifaban el lugar más peligroso y, si había jaripeos y coleaderos, si había charreadas, los catrincitos no se asustaban de la fama un tanto arbitraria de los jinetes surianos: le entraban a lo macizo y atrabancados, temerarios sin importarles los seguros porrazos, sacaban gallardamente la vuelta a los amañados becerros, coleaban toros con gracia tan genuinamente mexicana, que, a poco, los burlistas, los choteadores, los recalcitantes, aplaudían a rabiar y se desgañitaban echando vivas y jaleos.

– ¡Ay, ay, ay!

– ¡Esos son los meros meros...!

– Así nos gustan los catrines... ¡Habladores pero tompeatudos!

– Afíncese del petral.

– No le quite la vista de los cuernos...

– Échese p' atrás.

– ¡Aaahh, ja ja, jay...! ¡Viva Zapata!

– ¡Y apa, y apa, y apa, gritan los de Cuernavaca!

– ¡Ora que le monte el doctor, ora que les ponga la muestra el güerito!

– No la frieguen, que no ven que se le rompen las inyecciones.

– Y se le redaman las botellas de bálsamo tranquilo.



El doctor, un muchachote de veinte años, fresco, alegre, regordete; derramando salero e ingenuidad, se quedaba en mangas de camisa, brincaba con inesperada agilidad las trancas de la barrera y se horqueaba sobre el torete que los calzonudos sostenían a puro tirón de reata.

- ¡A la salud de mi general Zapata, y a la de ustedes, cuatezones!
- ¡Que viva Zapata!
- ¡Que viva el doitor!
- Suéltlenlo ya, vales.

Asustado, temerón, levantábase el torete; le temblaba la lustrosa piel renegrida, se le hinchaban los ollares, le espumaban los belfos. Movía la cabeza de un lado a otro; braceando, batía la arena con las pezuñas. Bufaba, se quedaba quieto como tanteando el peso desacostumbrado que le habían echado encima y... de pronto, arqueando el lomo y sacudiéndose frenético, se arrancaba en saltos tremendos, como si en la sangre tuviera dinamita, como si su osamenta fuera de acero y caucho, como si sus músculos fueran poderosas cuerdas de reloj y muelles de temple toledano. Cruzaba como rayo los términos del corral, se retorció desesperadamente, brincaba, brincaba sin cesar, con saltos acrobáticos para derribar al jinete, que alegre y gritador parecía pegado al lomo del animal.

- Esos son los meros hombres. ¡Viva la Revolución del Sur!

La fiera amenguaba sus ímpetus, ocurría a la mañana para desprenderse del peso que la atormentaba y al fin, rendida, agotada, se paraba de firme resoplando, próxima a la asfixia, derramando por las fauces una baba espesa y enrojecida.

Saltaba a tierra el jinete, entre las aclamaciones jubilosas de la multitud.

El propio Zapata se unía al entusiasmo de todos, y, conocedor profundo de las artes del jaripeo, no dejaba de admirar el arrojo de un muchacho criado seguramente en la molicie citadina, que de propia iniciativa emulaba tan galanamente a los aguerridos centauros de la región.

- Venga un abrazo, dotorcito.

– Es usted bueno pa' la charreada, pero dígame la verdad: usted ya conocía de caballos, ¿sí o no?

Con reposado continente se levantaba el general, abriendo los brazos acogedores y francos. Los ojos negrísimos, penetrantes, sesgados ligeramente delataban una remota ascendencia mongólica, el bigote espeso, agusado en las puntas, el cuerpo atlético de justas proporciones, se hacía más viril con el traje negro adornado con argentada botonadura de cabecitas de león.

– Qué húbole amigo, ¿sí o no?

– A usted no hay quien le engañe, general. Es cierto, yo pasé los primeros años en la hacienda de mi señor tío, don Luis Jiménez, y era mi mayor diversión montar yeguas brutas y colear becerros. Pero lo que es para lazar soy un chambón. Nunca le he dado al clavo, se me enreda la reata y se me chorrrea al dar el tirón; de modo que una vez estuve a punto de arrancarme la mano. Mire usted la cicatriz.

– Caray, doctorcito, no se agüite por eso. No hay hombre que sepa hacerlo todo; usted es bueno como doctor, que es a lo que debe usted dedicarse. Ya lo he visto tajando y echando vendajes. Como cirujano, me parece, le puede usted poner la muestra al mismo doctor Cuarón.

– Gracias, general.

Concedida la venia para retirarse, se mezclaba el doctor con el grupo de sus admiradores. Allí estaban Villasana, el telegrafista, y Pérez, el artillero, allí estaban Barona y Salazar que comenzaban a desatar el odio que llegaría a hacerlos mortales enemigos. Barona, chaparrón, metido en carnes, de cara atezada de indio puro, tenía para el muchacho un cariño paternal y se había declarado su protector. Salazar, sin tantos extremos, trataba bien al doctor. Creyéndolo oportuno en aquellos momentos, le tendió una botella de cognac.

– Ánde doitor, aviéntese un jondazo que es del bueno.

– Venga, mi general, que para estas cosas nunca me hago del rogar.

– Oye, doctorcito, luego que te canses de andar con la palomilla, te vas al hotel, que quiero que cenemos juntos. Le dijo Barona, mirando de soslayo a su odiado rival.

– Está bien, vale. No faltaré. Nada más que te despercules a lo fino porque tengo ganas de correrla y ya sabes que parranda sin botellas es como velorio sin difunto.

No está de más decir que los personajes del zapatismo eran hombres como lo son todos. Balanceaban en su conducta el heroísmo con la crueldad, el desprendimiento con la más desmedida ambición, que ora soñadores, ora materialistas, se asemejaban a semidioses o se trocaban en bestiales bandoleros.

Zapata era un hombre bueno, un tanto desconfiado y suspicaz, de imaginación inquieta, pero de muy cortos alcances. Amaba a sus soldados y les toleraba desmanes y pilladas. No la llevaba muy bien con su hermano Eufemio, pues le desagradaba su inaudita crueldad y su instinto sanguinario y feroz, pero le dejaba hacer, a ciencia y paciencia, su soberana voluntad. No fue el hombre caverinario que muchos describen, pero tampoco el apóstol que nos presentan ahora sus interesados panegiristas.

Como algo brumoso columbraba el ideal de la regeneración del campesino y la solución del problema agrario. A veces tenía genialidades de un predestinado pero, tras ese fulgor momentáneo, aparecía con la rudeza de un humilde caballero.

## II

Retiradas las fuerzas carrancistas de México, con motivo de las complicaciones surgidas en la Convención de Aguascalientes, hicieron un pacto de amistad y unión zapatistas y villistas y ocuparon la ciudad ambicionada. Fue entonces cuando las huestes surianas alcanzaron el pináculo de su poderío fugaz. Bien pronto las fuerzas constitucionalistas se adueñaban definitivamente de la capital, y en las llanuras de Celaya, de Trinidad y de León, el famoso Cuerpo de Ejército del Noroeste, con sus victorias incontrastables, rubricaba la fama de su ilustre jefe. Inicióse la desbandada de las flamantes tropas convencionistas. Volvieron los surianos a sus montañas desmedrados, llenos de pesimismo, a convertirse en salteadores, en gavillas trashumantes y famélicas.

En una de esas gavillas iba nuestro amigo. Tres derrotas seguidas diezmaron a los aventureros que en su triste correría llegaron hasta la Huasteca, en las lindes de Hidalgo y Veracruz. Aterrorizados, no se atrevían a entrar en los pueblos importantes, con la desconfianza de caer en manos de una partida constitucionalista.

Dormían en la sierra, pasando tormentos de hambre y frío, creyendo que los propios camaradas, que extraviados andaban a su zaga, era gente de los contrarios. Nadie se preocupaba por inquirir la verdad, teniendo como única preocupación alejarse de aquellos sitios peligrosos.

Cerro tras cerro, cañada tras cañada; barrancones y precipicios interminables; arroyos crecidos en torrenteras que se despeñaban con ruido ensordecedor; senderos borrosos que se perdían entre selvas enmarañadas, para subir por cantiles de fantástica altura, girar sobre una cornisa vertiginosa, desde donde se dominaba un paisaje encantador, como de égloga virgiliana y luego un desfiladero erizado de pedriscos cortantes como navajas de afeitar y abajo, a la vera de un vallecito risueño y verdegueante, un río apacible y anchuroso.

A la opuesta orilla, las huertas de naranjos y manglares invitaban a los fugitivos al descanso. Atrás de la arboleda lujuriente y espléndida, se veía el humo azuloso de las casas del pueblo, seguramente hospitalario y regalón.

— Ándele, dotor, échese al agua, no tenga cuidado, que por aquí es el vado. Ya verá cómo nos desquitamos de tanta trasijada.

— Al sordo se lo dijeron —respondió el doctor, picando a su cuatatán. No hay quien se raje.

— Li aseguro, dotor, que de una sentada me reviento como veinte gordas con chilito verde y ayocotes de l'olla. Ora sí, amigos, si acabó l'hambre.

Tal vez los caballos imaginaban que al otro lado encontrarían la abundancia y el reposo porque no se hicieron de rogar para cruzar el río. Unos cuantos resoplidos y luego a pasar el vado con el agua hasta el encuentro.

Un camino en rampa ascendente se internaba entre el boscaje y en armonioso zig-zag, se enfilaba en una avenida sombreada de fresnos y tabachines.

Se oían los ladridos afanosos de los perros, los gritos de los chiquillos que jugaban y el golpeteo rítmico de las manos batiendo las tortillas.

Cien metros y estarían en el pueblo, cuando una descarga, partida de un seto enmarañado, alborotando los caballos y derrumbando a los jinetes de adelante, siembra un nuevo desconcierto en los pobres fugitivos.

— ¡Párense, jijos de la tiznada! ¡Éntrenle a lo bueno si son hombres!

— Aquí están sus meros padres, correlones. ¡Ay, ay, jaay, jaay! ¿A qué les supo la rociadita, mulas hambriadas?...

El terror que alcanza los límites de su poder fatídico. El “sálvese quien pueda” que llega a los corazones arrancando los últimos vestigios de energía y la huída imperiosa, brutal...

“Chon” Pérez, “El Tejón” y Juan “El Bizco”, tiran bruscamente de la rienda de sus pencos. El doctor los imita en un acto reflejo, que milagrosamente lo salva de caer prisionero.

A vadear nuevamente el río en situación angustiosa, bajo una lluvia de balas.

El doctor se ha quedado solo, completamente solo. Siente cómo su pierna derecha, colgante y tumefacta, le duele horrorosamente y le sangra manchándole el pantalón. También está herido en la pantorrilla izquierda, pero lo verdaderamente feo es ese negro agujero del muslo derecho que le ha dejado la pierna como una budoque de trapos, como una almohada que, prendida con alfileres, se le mueve de un lado a otro y le chorrea hasta el suelo. Por fortuna el caballo está ileso y aún tiene fuerzas para seguir caminando, caminando, caminando, de cruzar el río más abajo y de llevarlo hasta otro pueblo, donde el doctor llega decidido a morir.

No faltan, sin embargo, gentes que se conmueven de la triste catadura del herido, que lo recogen y lo llevan a una casa bien abrigada y lo tienden en una cama limpia y mullida y se apresuran a hacerle las primeras curaciones.

La región está infestada de partidas que merodean y asaltan al primero que se les pone enfrente, peleando sin bandera ni filiación, sólo por el prurito de asolar y de causar la muerte.

No hay más que un poco de aguardiente de caña y trapos limpios para vendas. Ni algodón, ni un corto instrumental quirúrgico, ni yodo. Y, en esa situación de terror que impera, nadie se atreve a pensar que un médico pueda atender al herido, que viendo que los días pasan, sabe que inevitablemente invadirá la gangrena a ese montón de carne despedazada y sucia que es su pierna derecha.

El dueño de la casa se empeña en salir en busca de un médico.

—No, Manuel, le dice la esposa, nada ganarías con ello. Te aseguro que a las pocas leguas te asaltaban y te mataban. Dios nos libre.

—Tiene razón la señora. No se preocupe, que al fin y al cabo nadie se pasa de la raya. Yo sé bien de estas cosas. Soy médico. Si tenemos decisión lograremos conjurar el peligro. Vamos a ver: ¿tiene un cuchillo filoso?, ¿tiene un cautín? ¿Tiene unas cuerdas de guitarra y una aguja gruesa? Si ustedes me ayudan, yo puedo ser mi propio cirujano.

—Dios lo oiga, doctorcito—, exclamó la señora. —Sí, tenemos lo que nos pide. Ya va Cleofas a buscar serrucho y cautín. Aquí le daremos las otras cosas.

—Muchas gracias. Su marido va a hacerla de ayudante; todo saldrá bien.

Se lavó perfectamente el serrucho y el filoso cuchillo; se les hirvió; el cautín se puso al rojo blanco y con unas pinzas igualmente hervidas y flameadas, se preparó la operación. De anestésicos ni qué hablar.

—Conque, señor, ¿estamos listos?, vamos a comenzar...

Unos almohadones colocados bajo la espalda del médico le permitían mantenerse sentado. Las sábanas están escrupulosamente limpias y el improvisado instrumental dispuesto.

—No se preocupe si me ven hacer gestos y, sobre todo, buen pulso.

En el tercio superior del muslo, un poco debajo de la cabeza del fémur y del gran trocánter, el buen ranchero practicó el primer corte. Siguiendo con valor y tranquilidad las indicaciones del médico que estoicamente soportaba el martirio. Se debridó perfectamente el corte, se hicieron las tajaduras complementarias para formar el muñón. Con cuidado y delicadeza se fueron cerrando los vasos, aplicándoles el cautín. Previamente se había atado el muslo arriba, atándolo fuertemente con una lía, hasta estrangularlo. Con las pinzas se tapó la arteria femoral y luego separando los tejidos muertos, quitando las esquirlas huesosas, las rebabas de la bala expansiva y los hilachos del pantalón despedazado, el ranchero, con mano firme,

sudando bajo el agobio de la preocupación, fue aserrando, aserrando, hasta cortar el fémur, durísimo, como de acero.

El doctor se mordía los labios, pujaba, cerraba a veces los ojos, gesticulaba trágicamente, pero no perdía el aplomo ni la serenidad.

– Bueno, ya está. Ahora a lavar la herida y a suturar.

Rechinaba la aguja al traspasar las carnes y, con todas las reglas de la buena cirugía, se formó el muñón.

– Caramba, doctorcito, ¡qué hombrazo es usted!

– No lo crea, amigo. La cuestión es seguir viviendo aunque sea con una pata menos. ¿Qué le parece que para completar la operación me traigan un ponchecito, bien cargado, porque, la verdad, tengo la lengua como de papel secante?

– ¡Qué hombrazo es usted, doctorcito!

Apuró el herido la caliente pócima; se arropó en su mullida cama, que le habían arreglado nuevamente.

Momentos después roncaba como un bienaventurado.

*Nogales, Son., a 23 de noviembre de 1930*





## CLARO DE LUNA<sup>45</sup>

**D**urante la efervescencia de la Revolución; cuando las pasiones se desataban intransigentes y enconadas; en el tiempo romántico de los ideales y de las profundas convicciones, de los radicalismos enfurecidos y heroicos; en aquel tiempo que rugía la tormenta y en Aguascalientes, entre aplausos y disparos, entre gritos de cólera y vibraciones de júbilo y derroches de entusiasmo brotaban las frases incendiarias de los oradores de la Convención, que se cruzaban insultos contundentes como flagelos; cuando se escuchaban las arengas viriles de aquellos inolvidables dementes enamorados de la Muerte y de la Libertad; ante la bandera tricolor donde se habían escrito las firmas de los delegados de las falanges luchadoras, se juraba fe inquebrantable en la Revolución, amor para el pueblo irredento, desprecio para los fanatismos y las tiranías, las mayores exageraciones eran vistas como la cosa más natural del mundo.

Sucedía entonces con frecuencia que tras de haberse hablado de los derechos humanos y de la dignificación del obrero y del campesino, a la salida de la asamblea se trabaran reyertas en que la vida se arrancaba como algo sin valor.

---

45 Publicado en *Revista del Ejército y de la Marina. Órgano de la Secretaría de Guerra y Marina*, México, t. xv, no. 5, mayo de 1935, pp. 70 a 74.

Por las calles pasaban automóviles ocupados por generales y sus estados mayores; unos, los del Norte, tocados con el exótico tejano; otros, los surianos, cubiertas las cabezas con inmensos chilapeños y finísimos sombreros charros de toquillas de oro y plata, adornada la copa con iniciales entrelazadas caprichosamente y las alas con herraduras y águilas. Todos armados de pistolas y cananas inconmensurables. Desfilaban tropas de infantería desarrapadas y sudorosas y patrullas de caballería fanfarronas que rayaban los penecos y los echaban sobre la banqueta causando el terror de los poquísimos vecinos que se aventuraban a salir.

En hoteles y cantinas se reanudaban las discusiones; se bebía por toneles y se gastaba papel moneda con aterradora munificencia. Los hombres de la situación, en cuyos cerebros calenturientos se agitaban los pródromos del caudillaje, tenían verdadero prurito en rematar la jornada tempestuosa en los fangales del vicio de alquiler donde las hembras eran disputadas con iracundia y bestialidad de antropopitecos en celo.

Tal que un remanso era la casa de huéspedes de doña Rosario de Arellano. Hasta allí llegaba apenas el rumor de aquel hervidero de pasiones. Por eso, con raro acierto, la había elegido el coronel Sánchez Prieto. Aquí podía dormir tranquilamente, preparar sus discursos, comer con el sazón familiar que tanto le gustaba. Y es que el coronel Sánchez Prieto, aunque valiente en los combates, despreciaba las reyertas de cantina y prefería tomar su cotidiana botella de cognac en la calma de aquel comedor provinciano o entre la fragancia primaveral del viejo corredor enladrillado.

Otros huéspedes habitaban aquella casa. Doña Juanita Traslósheros, setentona rezandera y de genio avinagrado que no cesaba de reprender a su sobrina Carmen, mosquita muerta de quince años, que entre tonterías más o menos auténticas tenía salidas que desconcertaban y era capaz de dejar a su tía, cuando la ocasión se le presentara, con un palmo de narices.

El licenciado Uzárraga que había caído allí desde Durango horrorizado con los desmanes villistas que se avenían muy mal con sus resabios conservadores y sus mojigaterías de hombre del antiguo régimen.

Dos dependientes de comercio de nombres ignorados que embaulaban los alimentos en tres minutos, sin cruzar con nadie la palabra, que se levantaban muy temprano y se acostaban a las nueve en punto.

Algunas noches iba a cenar un hombre misterioso a quien las gentes de la casa atendían solícitas y respetuosas. Hablaba con voz de timbre agradable y reposado, saludaba comedidamente, platicaba un rato con la dueña o con el licenciado y se retiraba sin llamar la atención.

Aunque opuestos en criterio e igualmente aferrados en sus ideas, bien pronto el coronel Sánchez Prieto y el licenciado Uzárrega se hicieron amigos. Prolongaban la sobremesa hasta el filo de la media noche; se enfrascaban en controversias en que cada quien se sostenía en sus trece; se exaltaban con frecuencia y sólo se avenían cuando la botella de cognac aparecía como un heraldo de paz y venturanza.

El coronel era un convencido de la Revolución y hacía de su credo un verdadero apostolado. Admiraba a Madero como sólo pueden hacerlo los corazones puros; lo admiraba por su austeridad, por su bondad angélica, por su corazón infantil que nunca supo conocer la maldad de los hombres, por su virtud impoluta y, sobre todo, por su valor, por su perseverante energía que derrocó al soberbio dictador, ante quien nadie hasta entonces había tenido la arrogancia de enfrentarse.

Fue el coronel Sánchez Prieto de aquellos estudiantes soñadores y bohemios que dejaron las aulas y la molicie de la casa paterna, que ensillaron el Rocinante enflaquecido y decadente para lanzarse a la conquista del ideal. Y es que en tal hecho había mucho que se adunaba a su carácter sentimental de artista. Adoraba la terrible belleza de la tragedia y los esplendores magníficos de la palabra que con elocuencia arrolladora subyuga a las multitudes, las conmueve, las emociona hasta las lágrimas o las sumerge en dulce sopor de beatitud. Adoraba la música que sutiliza como un hilo de oro, atruena con rugidos de catarata, canta con la grandiosa canción de las olas en el océano, o tiene murmurios de céfiros que se mecen entre follajes misteriosos de selvas milenarias.

El licenciado era un hombre metódico y rutinario; de una cultura exclusivista y tradicional; con palabra fácil usaba de sutilezas y sofismas hábilmente manejados que lo hacían temerario en la réplica; conocedor profundo de la jurisprudencia, se sabía de memoria las Pandectas, las Siete Partidas, el Fuero Juzgo; le eran familiares los discursos de Cicerón, los diálogos platónicos; recitaba pasajes enteros de la Eneida; declamaba en la lengua un tanto convencional del Lacio las Geórgicas y, aun a veces, si estaba de vena, leía con

verdadera gracia los pasajes más escabrosos del Satiricón. De años no tan luengos conocía a Corneille, a Bossuet, a La Bruyère; se deleitaba con el Quijote y hacía grandes elogios de las Novelas Ejemplares, no pasando porque nadie se atreviera a poner en tela de juicio el valor de estas obras, consagradas ya por la fama aunque llenas de asuntos anodinos y repeticiones cansadísimas. Menos parcial se mostraba con Lope de Vega, con Calderón y con Tirso de Molina. De los ingleses era partidario de Shakespeare, cuyo genio admiraba. En filosofía se contentaba con el Kempis, citaba a Spinoza y no iba más allá de Kant. Odiaba a los modernos, sobre todo Schopenhauer lo ponía nervioso; Bergson no acababa de convencerlo y si acaso transigía con Tolstoi, pero sin hacerle concesión en ninguna de sus elucubraciones revolucionarias que de llevarse a la práctica precipitarían a la humanidad en la ruina más espantosa. Por lo demás, el licenciado Uzárraga era un buen hombre, honrado a carta cabal y, fuera de los naturales resabios, un verdadero artista que al igual que su contrincante y amigo, adoraba la música.

—Qué lástima, coronel, —decía— que no tengamos aquí los instrumentos; vería cómo podríamos pasar unas noches deliciosas. No me vaya a creer un vanidoso; en mi tierra dicen que toco muy aceptablemente el violín. La verdad es que si mis ocupaciones me lo hubieran permitido, me habría dedicado al arte con devoción absoluta porque la música forma en mí una segunda personalidad.

—Lástima en verdad, señor licenciado, que no tenga por acá mi cello. No nos faltaría entonces un pianista que nos acompañara; improvisaríamos una orquesta de cámara que entre sorbo y sorbo de cognac calmaría nuestros nervios que tanto lo necesitan.

—¿Por qué no lo habían dicho ustedes antes?—, interrumpió el hombre misterioso de la voz agradable y reposada. —Si ustedes lo quieren, tendré mucho gusto en proporcionarles los instrumentos que necesitan y aun les brindo mi modesto contingente de organista que a las veces se atreve a tañer el clavicordio, que no a piano llega el que tenemos en la antesacristía.

—Muchas gracias— respondió el licenciado. —Muchas gracias. De perlas nos viene la invitación. Acérquese, no tenga miedo que el señor coronel Sánchez Prieto no es ninguna fiera; Dios mediante tiene bien puesto el corazón y sabe estar entre cristianos. Venga, fray Alonso, que lo voy a presentar.

- Un humilde siervo del Señor y un amigo de usted, coronel.
- Venga esa mano y no tenga cuidado que no vamos a discutir.
- Dios nos libre, hermanos; con que ya lo saben, tómense la molestia de seguirme.

---

Noche de luna... Calles tortuosas y sombrías que repiten con eco vagoroso el rumor de los pasos; cantos de gallos vigilantes; gritos lejanos de juerguistas incansables y, a veces, el chasquido brusco y escalofriante de un tiro.

Ya están los tres artistas frente a los tapiales carcomidos del cuadrante virreinal; ya se internan bajo los fresnos de la calzada; ya crujen los goznes herrumbrosos de la puerta apolillada.

El sacristán aterido y rezongón los guía ahora, empuñando un cirio que parece nimbado con los reflejos de una estrella temblorosa.

En la sacristía se detienen. A través de los vitrales del alto ventanal cae la luz argentada del plenilunio, tan grata y admirable que parece inútil el alumbrado artificial.

Fray Alonso señala a sus amigos todo un arsenal de instrumentos de arco donde el coronel y el licenciado encuentran luego lo que necesitan; se sienta el fraile frente al piano de cola, grande y labrado con primor antañón. Marca la “la” que repiten por graduaciones los canoros instrumentos.

Es fray Alonso el chantre de catedral; tomó las órdenes en Sevilla como discípulo del sublime Francisco de Asís. Un santo es fray Alonso, un santo con mansedumbre de cordero y candores de paloma torcaz. Adora la música como el lenguaje sagrado que interpreta sus ansias y toca con la mística devoción de un nuevo Palestrina.

Los artistas no han vuelto a hablar; están mudos y sus corazones emocionados vibran con el mismo latido.

No han dicho palabra, y sin embargo, están de acuerdo.

Suenan las notas graves del piano acariciantes, alargadas, tristes y evocadoras.

Solloza el violoncello y canta maravillosamente el violín. Es el Claro de Luna de Beethoven que irradia desde las cuerdas temblorosas, que se desprende de las sombras del viejo salón, que se envuelve en la suavidad del plenilunio y que se tamiza en el policromado vitral.

El alma de Beethoven parece flotar en el aire, misteriosa y divina.

Un fraile franciscano, humilde y austero; un coronel convencionalista, apasionado y batallador; un abogado resabioso y rutinario, que elevan sus almas a Dios, que se olvidan de las mezquindades aborrecibles de la materia y se purifican acariciadas por las manos taumaturgas del arte...

## CAMPANAS Y CORNETAS<sup>46</sup>

No, aquello no podía seguir así. Desde que el jefe de Instrucción dispuso que las academias de sargentos se dieran a las nueve de la mañana, el capitán ayudante andaba preocupadísimo.

Sólo tenía tiempo de pasar lista con relativa tranquilidad pues, indefectiblemente, al comenzar su clase, las campanas de la iglesia contigua empezaban a atormentarle los oídos.

Un sonecito penetrante y continuo preludiaba el concierto; seguían después los dobles, combinados, repercutiendo con agobiadora terquedad; más tarde, un repique enloquecedor, en el cual la esquila se hacía notar por su tono vigoroso y la mayor y la Santa María, puestas en competencia, se alternaban o cantaban a dúo en pertinaz algazara.

Y esto, durante media hora, durante tres cuartos de hora, casi interminables y, para remate, una serie de advocaciones de difuntos, de rogaciones, de aleluyas, de tocatas y de llamadas a misa, tan complicadas y tan abundantes que parecía aquello la grito embarullada de una fiesta de carnaval.

Aquello no podía seguir así.

Imposible repasar la ordenanza. El reglamento debía ser declarado en receso y los rudimentos de gramática y de historia se veían precisados, mal de su grado, a disfrutar de licencia temporal.

Aquello no podía seguir así.

Salió el ayudante, echando chispas y lanzando imprecaciones como un condenado. Se avistó con el sacristán. Rogó y amenazó, hasta lograr audiencia con el párroco, un español de Asturias, con genio de vinagrillo y con el rostro peludo como erizo a causa de sus frecuentes riñas con el barbero.

– Señor cura–, dijo el capitán con fingida mansedumbre; –le suplico, le ruego, casi le imploro que modifique sus prácticas religiosas, que las modifique o que las transfiera, pero, es el caso, que con tantos repiques y dobles, me he visto precisado a suprimir la academia de sargentos pues, por desgracia, el aula tiene una pared medianera con esta iglesia y, por si esto no fuera suficiente, el plateresco campanario domina el patio principal. Señor cura, esto no puede seguir así.

– Pues lo siento, respetable señor capitán, pero, *non possumus*. Son estas consecuencias naturales del villano despojo de los bienes del Señor, encomendados a nuestra piadosa custodia, y... esto es lo definitivo, los deberes del culto así lo exigen.

– No sería yo, por cierto, señor sacerdote, capaz de suprimir las prácticas del culto, pero, con buena voluntad todo puede arreglarse y, espero, que a la postre, me conceda razón y que disponga que su campanero o sacristán, modifique un tanto sus arrebatos y que podamos gozar en el cuartel de gratísima paz durante la academia de sargentos. Esto no puede seguir así...

Dio media vuelta el capitán, volviéndose al cuartel. Una idea monumental acababa de ocurrírsele y se propuso llevarla a la práctica.

Llamó al primero de la banda, hizole minuciosa explicación, hasta dejarlo perfectamente aleccionado. Y segurísimo de su triunfo, se frotó las manos y se puso a tararear una canción.

A media tarde, el sacerdote, terminada la práctica doctrinal, a sus devotos feligreses; afianzadas las manos en la barandilla del púlpito, con su habla campanuda de viejo predicador, se aventuraba por los torcidos vericuetos de un docto sermón, plegado de citas y rebosante de casuística.



— Hermanos míos: Fue San Antonio Abad de apacible condición, manso sobremanera, humildísimo por extremo; rezaba con fervor tanto, que se le pasaban las noches de claro en claro y desafiaba a los demonios y les decía: Aquí estoy, yo soy Antonio, no huyo, vuestra insolencia no me apartará de mi Señor, y con éxtasis divinal, pronunciaba aquel verso del salmo: *Dominus illuminatio mea, et salus mea, ¿quem timebo?* El Señor es mi iluminación y mi salud. ¿A quién temeré...? *Qui tribulant me inimici mei, ipsi infirmati sunt et ceciderunt. Si consistan adversum me, non timebit cor meum.* En vano mis enemigos me atribulan, pues caerán debilitados, y, si me son adversos y quieren maltratarme, mi corazón no les tiene miedo. Sí, hermanos míos, así yo, vuestro humilde pastor, no temo a mis enemigos, aunque me escarnezcan y aunque intenten acabar con el culto de nuestra madre Iglesia.

Un clamor de cornetas y tambores le impidió seguir adelante. La banda del batallón, instalada a las puertas del templo, daba principios a su escoleta. A tambor batiente y compás reglamentario se repararon todos los toques, absolutamente todos: desde asamblea a diana, desde llamada de instrucción a paso de camino, sin faltar ni retreta, ni reunión, ni marcha de honor, ni lista, ni parte, ni fajina.

En vano el sacerdote esperó largo tiempo; la infernal escoleta le aguó el sermón y fue necesario que entre rezongos y lamentaciones, pian pianito, abandonaran las beatas el sagrado recinto parroquial.

Pasaron los días, y el duelo entre campanas y cornetas continuaba.

Allá para su coletto, cura y capitán hubieran deseado poner término a la competencia, pero ambos eran tercicos. Por fin, una mañana se encontraron. El capitán, que estaba de magnífico humor, saludó al sacerdote, charlaron un rato y se hicieron las paces.

— ¿Usted fuma? ¿Sí, verdad?, Vaya, qué bueno, señor cura, le voy a regalar estos puritos veracruzanos, que están exquisitos.  
— Pues, favor por favor, señor capitán. Tómese la molestia de acompañarme a la sacristía, donde tendré el gusto de ofrecerle un vinito que está diciendo a gritos: ¡Bebedme!



## LAS ESCOLTAS REGRESAN<sup>47</sup>

A lo largo de los costados del gran patio y formando sonriente cuadro, los soldados escuchan distraídos la lectura de la Orden de la Plaza, siempre tan monótona, rutinaria, cansada cuando la lee, con su voz gangosa y chillona, el capitán ayudante. Los oficiales, con el sable al hombro, esperan el final de la lectura para romper filas y salir a respirar el aire libre y grato de la calle o el pesado, pero igualmente grato, de la covacha que el “Maño” Gracida les tiene arreglada en su tienda de ultramarinos “La Ciudad de Logroño”.

El coronel, un tanto amoscado, firma los partes. Mientras tanto, allá abajo, en el patio, se termina la cansada lectura y se preparan comandantes y subayudantes a cumplir con los rituales del servicio. Llegan a la comandancia, se corren los sempiternos conductos y se recitan las novedades conocidas perfectamente por el jefe, ya desde antemano.

Se toca fajina. En cordón rumoroso llegan los “juanes” a las cuadras a colgar sus armas y salen nuevamente al patio donde las comideras y los mercachiles de baratillo han instalado sus reales. Se esparce

---

47 Publicado en *Eréndira*, México, seguramente fines de 1933, pp. 7 y 8. Recorte de periódico, sin fecha de publicación.

por el aire un olorcillo a café y a fritangas. Toma el cuartel entonces un aspecto abigarrado de zoco árabe. Pero el coronel no se retira aún, ni ha dado siquiera la autorización para emprender la desbandada que tanto anhelan el teniente Roquer y el capitán Ruiz de Chávez, que nunca quieren perder la primera tanda del “Lírico”, ni la segunda.

En la puerta de guardia, grita el centinela: “¡Tropa armada!”. Los soldados de facción se aprestan a un lado del anchuroso zaguán. Es la escolta del tren de Toluca, que viene un poco retrasada. Parece que se desajustaron los frenos de aire en Salazar y mientras se reparó el mal hubo que esperar una hora larga en la montaña.

Bulliciosos y alegres se mezclan los de la escolta a sus camaradas y, poco a poco, todo sigue como de costumbre.

En la Comandancia los oficiales se mueven nerviosamente y se miran con ojos que arden en una ansiosa interrogación. Son ya como las siete y media.

—¿Qué pasa con la escolta del tren número 2?—, pregunta el coronel.

—Todavía no llega, pero esto no es raro; con frecuencia tenemos retardos hasta de un día—, contesta el ayudante.

—¿Cómo es eso? ¿Acaso no sabe usted que se recibieron noticias telegráficas de que el tren fue asaltado?

—¡Qué barbaridad!—, exclama el ayudante.

El mayor Grajales y el teniente López cruzan una mirada de profunda contrariedad. Parece que adivinan lo que les espera.

—Oye, Grajales—, dice el coronel, —sería bueno que te quedaras con el teniente López para esperar a la escolta del número 2. En caso de que haya novedades de importancia me telefoneas a casa, o que me vayan a buscar al Frontón. Los oficiales francos pueden retirarse.

—Sí, mi coronel.

El capitán Ruiz de Chávez y el teniente Roquer salen alborozados. Los demás los imitan. El coronel y el capitán Mendieta llegan al patio y suben en el precioso Packard.

Y al pasar el zaguán se detienen.

Algo como un rumor de desgracia parece anunciarse en la calle. La guardia toma las armas. Acaba de presentarse el cabo Vigueras que salió en la escolta del número 2, como un heraldo de muerte y de dolor. Poco después aparecen dos soldaderas gritando enloquecidas:

– ¡Malditos bandidos! ¡Desgraciados! ¡Saquiaron el tren! ¡Sinvergüenzas!

El cabo Vigueras se acerca al coronel, tercia el arma y dice:

– Mi coronel, estoy presente con la escolta del número 2. Pos no tiene usted más novedá que nos redotaron. Saquearon el tren por allá, por la estación de Veta Grande. Eran como quinientos pelados. Todos sombrero-dudos, pachones y enhuachados. Pero eso sí, con su buen Mauser cada uno y con hartos cartuchos. Nos gritaban: “¡Condenados jijos del diablo!”. Los mandaba un barbonsote, vestido de negro, que llevaba una bandera con una cruz. ¡Qué caray!

– Afigúrese cómo les íbamos a pegar nosotros, tan poquitos. Nos mataron al teniente Molinar, que la mera verdá era retebravo, así como se lo digo, y eso que con su carita güera y sus ojotes azules parecía amujerado. Lo que son las cosas. Ay venían en el tren muchos hombres y hasta melitares que venían p’acá a incorporarse; pero cuando empezó la catorriza se les acabaron los humos. ¿No le parece asté que son rete atascados? Y con otra, mi coronel, que nos aguantamos como tres horas y nadie nos daba auxilio y pa’que vea lo que son las cosas, como a dos leguas en l’otra estación, en Palo Morado, había dos escuadrones. ¡Qué chirrión! Quesque porque no tenían orden de separarse del punto, nos dejaron que nos hicieran pedazos. Y, lo que es pior: mataron a muchos pasajeros. A mujeres ancianitas yo vide cair; a niños, a señoras y a catrines se los echaron al plato sin compasión. ¡Qui horrible estuvo aquello!...

En aquel momento llegan los miserables despojos de lo que fuera escolta del número 2. De los cuarenta números que la componían, sólo se presentaban seis muchachos. Vienen sangrientos, con los uniformes desgarrados; algunos envuelven su cabeza en rojo pa-

liacate. Atrás, en camilla, son conducidos los cadáveres de Molinar, del sargento Pereda, del “Charrascas” y de Petronilo Ríos. El teniente Molinar muestra el pecho desgarrado, por donde sale aún la sangre espesa, acuajaronada. Pereda tiene el vientre hecho pedazos. Las entrañas se le asoman amarrotadas, verdes, azulosas, descompuestas ya. “Charrascas” parece que se ríe, con una risa siniestra, inolvidable. De Petronilo Ríos no queda sino una masa informe, sin brazos, sin cabeza, sin piernas. En torno de los cadáveres se agrupan soldados, oficiales, vendedores, comideras. Las soldaderas gritan y lloran desesperadamente. Muchos curiosos, que pasan por el cuartel, se detienen aumentando el grupo.

Se dan órdenes y contraórdenes. La guardia apenas basta a contener el tumulto. El coronel está furioso, desesperado. Roquer y el capitán Ruiz de Chávez se olvidan del teatro. Entre sollozos, levantan el cuerpo ensangrentado de Molinar y lo llevan a su cuarto.

Cada soldado de la escolta del número 2 es ahora el centro de un grupo que inquiere ansioso las noticias del asalto. El teléfono no cesa de sonar con insistencia que exaspera. Ya en la Jefatura de la Guarnición se sabe el caso.

El cabo Viguera continúa su relato:

— Pos sí, mi coronel, más de tres horas estuvimos en el tren peñando contra aquellos bandoleros. Nos repartimos en todos los carros, desde el de segunda hasta el pluman. ¡Caray, lo que son las cosas! ¿Quién entiende a la gente?... Primero quieren que uno les ayude, que los salve, que los garantice de todo peligro y, después, cuando la cuestión se pone mala, entonces le gritan a uno que salga del tren, que no tire contra los bandidos, que esto y l’otro, y que la gente pacífica no tiene que ver con los agarrones de los soldados, y que el Gobierno hace mal en mandar escoltas; que, en último caso, los que asaltan sólo quieren el dinero, pero que no van a matar a naide. ¿Quién los entiende? A naide, y está uno viendo como cáin los compañeros, cómo matan a las criaturas y a las pobres viejas... Y con otra, que tanto hombre que viaja allí no se acomide a ayudarlo a uno. Los que tráin pistolas las avientan lejos o las esconden. Hay maridos que se quieren resguardar con su mujer. ¡Mire nomás! Pos quién sabe por qué será, pero las viejas son entonces más calzonudas que los hombres. De uno ni qué decirlo, pos pa’eso es uno soldao. Al que-

rer o no le tiene uno que entrar. Si no, ¡qué vergüenza! ¿No le parece? Pa'eso le enseñaron a uno que la Ordenanza y el respeto a la bandera y meramente a no cuatrapiarse cuando las cosas se ponen feas y cuando tiene uno la responsabilidad de cuidar a los pasajeros.

Ay, en el pluman, iban unos señores quesque eran del Gobierno, diputados, senadores o ministros de esos que cobran harta plata. ¡Qué chirrión, mi coronell!, yo creiba que esos que han hecho su fortuna con el Gobierno, en los momentos difíciles tenían que atorarle como uno, a lo parejo. Pero, ni dónde. Son los primeritos que se esconden. Hubo uno que se puso de gorro y delantal como si fuera el cocinero del pluman. Ya ni l'amuela. Eso sí, llegando aquí, muy hablador y mandón a treparse en su altromóvil.

Y mi tiniente, como los buenos de veras. Hasta se me enchina el cuerpo nomás di acordarme. Con su vocecita de niño iba por un lado consolando a las mujeres, acariciando a los niños, mirando a los hombres con desprecio y mandándonos a nosotros muy sereno, sin importarle las balas y sólo pensando en nuestro batallón, que nunca se ha rajado. El sargento Pereda, ¡qué hombrote!, cuando caiba alguno de los nuestros lo ponía en la ventanilla para hacerles creer a los otros que todavía éramos muchos. El maquinista, el fagonero, los garroteros, sin echársela de lado, también le entraron a lo macizo. ¡Esa gente de riel es retebragada! ¿No le parece?... ¿Y los muchachos? El que más y el que menos hizo su obligación. Naiden corrió. Cuando yo tomé el mando de la “juanada”, todos me obedecieron sin habladas, hasta el “Charrascas”, que ya usted sabe lo “malora” que ha sido siempre. Allí le tocó. ¡Probecito!

Nos quitaron el tren. Qué l'íbamos a hacer, si ya usted ve los pocos que quedamos. Nos quitaron el tren pero no nos juyimos. En un zanjón nos afortunamos sin que nos pudieran agarrar. Y nos llevamos allí al teniente, que aunque vivo todavía, tenía hartas heridotas que le llenaban de sangre y estaba que nomás un chifido le salía de la garganta.

Hasta como a las seis de la mañana llegó otro tren con muncha tropa. Pero los otros, ni su sombra, se llevaron todo lo que quisieron.

Mis muchachos todos tráin sus armas y recogimos los muertos que asté sabe. A los otros los quemaron aquellos ban-

doleros. No los quisimos dejar por nada de este mundo, aunque allí en la estación las “cruces” nos los querían quitar, pero creí que era mejor traírlos al cuartel pa’ que los compañeros aprendan a ser hombres y para que los entiérremos como se lo merecen. ¿No lo cré asté así, mi coronel?

— Sí, muchacho, tienes razón. ¡Ah, y desde ahora eres sargento!

Vigueras, todo cortado, no se atrevía a articular palabra. Estaba inmóvil como si fuera de piedra.

En la cuadra de la Primera se arregló la capilla ardiente. Volvió a reinar el orden en el cuartel. Las pobres soldaderas seguían llorando y también, como un lamento funerario, como una queja salida toda del alma del batallón, las notas de la corneta que tocaba silencio, se perdían lentas en el espacio infinito...



## EL MÁS VALIENTE<sup>48</sup>

No había remedio. La pequeña guarnición de Villa Linda acaba de ser derrotada por la partida de revoltosos que, capitaneados por el “Tigrillo”, se había constituido en el amago de la población.

Desde hacía más de un mes no era posible separarse de la Villa más allá del puente grande del ferrocarril, ni siquiera pasar el río por la huerta del tío Chano. Pensar en tales épocas el improvisar un paseo campestre por el cerro, o hacer una “jincuilada” en el rancho de don Pedro Linares, habría sido un acto temerario, pues los muchachos del “Tigrillo”, cada vez más engraidos al considerar la escasez de la tropa de la plaza y la negligencia del jefe, realizaban verdaderas incursiones vandálicas que traían vueltos locos a los pacíficos pueblerinos. Y a fe que tales hazañas eran fáciles, ya que el mayor Gutiérrez, comandante de los ciento cincuenta soldados del Gobierno, que tenían por misión garantizar los intereses de Villa Linda, era un hombre gordo, calmudo, muy amigo de hacer copiosas libaciones y devotísimo de Birján, a quien rendía culto con las cuarenta, de preferencia allí, en la cantina del “Chato”, en donde de-

---

48 Publicado en *Eréndira*, México, seguramente noviembre de 1933. Recorte de periódico, sin fecha de publicación.

jabán buena parte de sus decenas y aun a veces, no pocas por cierto, las busquillas que le quedaban por mor de los forrajes y de los altruistas y magnánimos aviadores.

Menos malo que gran parte de las familias de posibles se habían ido a vivir a Ciudad Grande, donde el peligro era más remoto, porque al Gobierno no le convenía abandonar aquella plaza tan rica en pasturas, en harinas, en azúcar y café, a merced de las huestes del Ejército Renovador, puesto que, además de restarle prestigio y adeptos, se perdía abundante cobro de contribuciones que bastaban, casi, para sostener a la división del general Cantoya, héroe en ciernes, que pintaba muy bien para convertirse, cuando los tiempos mejoraran, en un magnífico gobernador del Estado, en un brillante jefe de Zona o quién sabe, ¡tantas sorpresas guarda el porvenir!, en ministro o en embajador.

Pero, la verdad es que la pequeña guarnición de Villa Linda acababa de sufrir una terrible derrota.

El mayor Gutiérrez casi no pudo darse cuenta del desarrollo de los acontecimientos, pues los del “Tigrillo”, hábiles y astutos, hicieron su primera descarga cuando ya estaban frente a la casa de don Maximino Contreras, transformada en cuartel en castigo de la fama de hombre rico y reaccionario que tenía el tal don Maximino. Los poquísimos soldados que se hallaban en el cuartel no pasaban de veinte, y eso contando los de guardia. Apenas tuvieron tiempo de recoger el cadáver del centinela, acribillado a balazos por la espalda, de cerrar el primoroso portón y de subirse a las azoteas, tratando, según intenciones del teniente García, de sostenerse allí mientras se incorporaban sus compañeros que andaban de pulquería en pulquería y de figón en figón, aguardando a que se tocara lista de doce.

El mayor Gutiérrez recibió de golpe diez tiros a la vez, cuando con el ansia de saber lo que ocurría, salió de la cantina del “Chato”, distante del cuartel obra de media cuadra. Quedó tendido boca arriba, con los brazos en cruz, la cara contraída con un gesto a la vez ridículo y terrible, con el cuello, con el pecho, con las piernas manando una sangre clara y viscosa que, lentamente, se extendía sobre las guijas de la calle, hasta el caño cuyas aguas teñía de púrpura.

El capitán Salcedo y el teniente Ortiz pudieron reunir algunos soldados que, presas del susto y de la indecisión, no sabían qué hacer y a qué santo encomendarse. La cosa andaba mal para la gente del Gobierno. Seguramente a los del “Tigrillo” se habrían agregado los del “Pinto” y los de Celso López, pues por el rumbo de Las

Trancas se oían gritos, maldiciones, galopar desenfrenado de caballos, en fin, una baraúnda espantosa. Por eso Salcedo y sus hombres optaron por buscar la salida más segura: dieron vuelta por la capilla del “Tránsito”, cogieron por el callejón de “El Espantado”, bajaron por el molino de “Las Güeras”, pasaron el río y se internaron al monte de La Loma, para salir cerca de la hacienda de “La Esmeralda” y tomar de allí el camino a Ciudad Grande.

La situación de los del cuartel era desesperada; había ya caído el sargento Buendía, el cabo Martínez y el “Chamaco”, soldadito de quince años que anhelaba llegar a oficial y que hacía verdaderas filigranas en su corneta. Una bala le atravesó el cráneo, por la frente, en el momento en que, con más ahínco, hacía una magistral transcripción de La Valentina.

No era posible hacer más. Las soldaderas, que habían quedado rezagadas en la casona, chillaban con desesperación e imprecaban a todas las legiones de santos, de arcángeles y serafines para que las socorrieran en aquel duro trance: “Glorifica mi alma al Señor... ¡Ay, ay, ay!... ¡Ave María Purísima!... Yo pecador me confieso... Libranos Señor, Dios nuestro... Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados... ¡Ay, ay!... Ahora y en la hora de nuestra muerte...”. Y seguían llorando como locas, mesándose las greñas, estrechando a sus pequeñines, gritando con alaridos tétricos, las pobres, espantadas soldaderas.

Los del “Tigrillo” improvisaron un ariete con una de las vigas de la obra del Palacio Municipal y, no en vano, trataban de echar abajo el portón. Por eso el teniente García dispuso, perdida ya toda esperanza de auxilio, que los que pudieran saltar las tapias, salvando cercas y atravesando solares, procuraran ganar el río por la Escondida y llegar, tomando el camino más propicio, hasta Ciudad Grande.

Cuando los asaltantes lograron entrar, no sin haber sufrido algunas bajas, encontraron en el cuartel fusiles, cajas de municiones y cinco o seis caballos, entre ellos el primoroso retinto del mayor Gutiérrez, y el grupo de angustiadas soldaderas que, a gritos, pedían que nos les mataran a sus hombres...

El “Tigrillo” las miró un rato, carraspeó, se ladeó el inconmensurable sombrero, se tocó el revólver Smith and Wesson, volvió a carraspear y dijo parsimoniosamente:

— Ándenles, muchachos, escójanse su vieja, y a la que no quiera le dan su buena cintareada pa’que no se anden arrejuntan-

do con esos jijos...— y salió con aires de titán vencedor, no sin antes ordenar que le apartaran el retinto y que desde luego le pusieran la silla plateada, valioso regalo de su compadre Celso López. Mandó también que parte de su gente tapara las salidas de Villa Linda, con objeto de que no se pudieran escapar los soldados que de fijo aún quedaban dispersos u ocultos. Con una escolta de seis de sus muchachos se dio a recorrer las casas principales para arbitrarse fondos y echarse al plato, según su propia expresión, a más de uno de esos carrascalosos, podridos en pesos, miserables como judíos.

La rebusca no fue muy productiva que digamos, ya que gran parte de los ricos habían tenido cuidado de poner a buen recaudo personas y haciendas. Por eso el “Tigrillo”, amostazado y maldiciente, exclamó:

— ¡A buen seguro que ese tal don Vicente Pérez ha de haber metido la pata! ¡Maldito viejo! Él es quien tiene la culpa de todo con sus habladas y sus retobos. Pero orita mesmo voy a ver si lo encuentro en su casa pa’ bajarle los humos y pa’ vaciarle toda mi esmi, que al fin es izquierda y nunca jierra.

A poco, en el zaguán de la casa de don Vicente Pérez, antiguo jefe político de Villa Linda, muy bragado y valiente, terror de matones y bandoleros, repercutía sonoramente el aldabón, empuñado por la impaciente mano de Pedro, aguerrido asistente del “Tigrillo”.

No tardaron mucho en abrir, y los revoltosos se precipitaron como alud, penetraron pasando por el florido corredor, hasta la sala de recibo, reclamando, a voces, la presencia del dueño.

La madre de don Vicente, viejecita temblorosa y medio ciega, indicó a los forajidos que se sirvieran tomar asiento diciéndoles, entre asustada y desdeñosa, que su hijo no se haría esperar.

En el cuarto de junto los niños lloraban amargamente; la esposa y las dos hermanas, llenas de angustia y zozobra, pugnaban por impedir a don Vicente que se presentara a los bandoleros, y aun trataban de hacerlo escapar por la puerta falsa del traspatio; pero el antiguo jefe político las hizo a un lado, abrió la puerta y pasó al salón diciendo:

– ¿Qué tal, “Tigrillo”?

– Pos aquí andamos pa’ taparles la boca a más de cuatro habladores, pa’ escarmentar a los ricos sinvergüenzas y también pa’ demostrarles a los rotos que de hombre a hombre sabemos rifarnos con cualquiera.

– Ya decía yo— repuso don Vicente—, que tú eras una mala cabeza, que no tienes remedio; que bandolero y matón has sido, y bandolero y matón seguirás siendo toda tu vida. ¿Por qué no te quitas el sombrero? ¿Acaso no te has dado cuenta de que estás en mi casa?

– Mire, viejo, no se me ponga malmodiento ni regañón, porque me lo quebro. Pero pa’ demostrarle que también sé de políticas, me quito el sombrero y les mando a mis muchachos que se salgan de aquí, pos quiero hablarle a lo parejo y sin que naidien nos espíe.

– Muy bien, “Tigrillo”.

– Pos sí, don Vicente, usted me metió muchas veces a la cárcel y, por poco, si no me juyo, me manda hasta a San Juan de Ulúa, nomás porque era yo probe y desgraciado y porque me gustaba ponerme juno.

– Eras pobre y desgraciado, pero también eras bandolero y matón. Refresca la memoria y acuérdate de cuando asesinaste a tu tía Melchora porque no te quiso dar los únicos cien pesos que había logrado reunir después de muchos trabajos para comprar su jacalito. Acuérdate de Lupe Fuentes, esa pobre muchacha tan buena, tan honrada, que te quería tanto y que dejaste morir en la Presa de Casiano porque dize que te celaba mucho. Acuérdate de Martín, el de la despulpadora, a quien mataste para robarle. A mí no me asustas porque te conozco y porque sé que, después de todos tus crímenes, eres un pobre diablo.

– Don Vicente, don Vicente— gruñía el “Tigrillo”, arrastrando los pies y llevando instintivamente la mano al revólver— don Vicente, no me la recargue tanto, mire que yo he querido mucho a su familia y que si me jullí con “la Camelia” fue porque a ésa sí la quero de veras y me la tengo muy arregladita y muy chula allá en la “Barranca del Diablo”, pero no me escarbe, don Vicente, no me escarbe, si me hace favor. . .

— ¡Ah, qué “Tigrillo” éste! Pues, ¿no viniste a alarmar a la familia? Lo mejor sería que te fueras y que procuraras no volver a las andadas. ¿Me entiendes?

— Sí, mi amo— respondió el “Tigrillo” con humildad. Y tras de breve titubeo se levantó, balbuceó algunas frases de excusa, tomó su sombrero y, encaminándose hacia la puerta, exclamó resueltamente:

— ¡¡Vámonos, muchachos!!

## EL CABO MEDINA<sup>49</sup>

Iba por el camino fangoso y escarpado la columna en derrota. Los soldados, entumecidos por el agua y el cansancio, formaban grupos pequeños, conformándose a la velocidad de su andar.

Todos iban tristes, callados, llenos de vergüenza. Habían tenido que salirse de la ciudad encomendada a su defensa, después de tres días de constante combatir; tres días en que casi no probaron bocado y en que el sueño no pudo reconfortarlos, pues apenas dormían a ratos, tanta así era la insistencia del ataque.

Adelante, sobre brioso retinto, marchaba el general; sus ayudantes lo rodeaban sin atreverse a articular palabra.

Fue necesario abandonar las piezas de artillería, a la entrada de aquella barranca interminable y cuando la lluvia se desató pertinaz y monótona la triste caminata se volvió una cosa horrible y angustiada.

Pero Rojas, el teniente coronel que mandaba la fracción de caballería, estaba convencido de que pasado un corto tiempo, ya bien reforzados y con nuevos pertrechos, se podría fácilmente recu-

perar la plaza. Además, cosa importantísima, con la precipitación de la salida se dejaron ocultas en el sótano del cuartel, como cincuenta cajas de municiones, que era preciso salvar a toda costa.

Por eso imaginó confiar su idea a dos de sus más leales y valientes muchachos: el sargento Contreras y el cabo Medina.

– Ustedes se me regresan a la ciudad, me vigilan al enemigo, me lo estudian muy bien; reconocen sus posiciones, averiguan qué ha sido de los cartuchos y dentro de ocho días están con nosotros. Nada de llevarse a las viejas, ni de empinar el codo, ni de andarse con imprudencias y, sobre todo, picos de cera y calladitos la boca. ¿Estamos?

– Sí, mi jefe.

Vestidos de paisano y con corto auxilio pecuniario, llegaron a la ciudad. Ya los contrarios campaban en ella por sus respetos y se paseaban por calles y plazas como dueños y señores.

Alguien, que conoció a nuestros hombres, los delató y fueron hechos prisioneros.

Los condujeron ante el jefe enemigo, que en improvisado consejo comenzó a interrogarlos.

– Ustedes son gentes del gobierno. ¿Verdad?

– Sí, señor–, contestaron.

– ¿Y qué vinieron a hacer por acá?

– Pues venimos a un asunto del servicio–, respondió el sargento.

– Muy bien, ¿y qué asunto es ése?

– Pues verá usted, pero la mera verdad, no se lo podemos decir a usted, pues...

– ¿Pues qué?

– Pues nada, –dijo el sargento, blanco del miedo y con voz apenas perceptible.

El cabo, que discretamente se había apartado un poco, levantó la cara hacia el jefe enemigo y, con gesto malicioso, le guiñó el ojo.

Supuso el jefe que se trataba de alguna revelación de importancia, y le dijo:



- ¿Qué quieres tú?
- Pos qui haga asté que se retire mi sargento para que pueda hablarle con libertad.
- Muy bien–, y ordenó que pasaran al sargento a otra habitación.
- Ahora, dime qué es lo que quieres.
- Contarle lo que sabemos. Pero, qué caray, uno tiene su amor propio y si lo digo todo, mi sargento lo va a tomar a mal y además vienen los chismes y esto y lo otro y lo demás allá y uno se desprestigia. ¿No le parece? Croque lo mejor sería que mandara asté a cuetiar a mi sargento y ansina sí se me quitaba el cuidado y... bueno, le podía decir las cosas bien claritas.
- Está bien, tienes razón.

El inmediatamente llamó a un oficial para que desde luego se procediera a pasar por las armas al pobre sargento Contreras.

- Oiga, mi jefe–, dijo el cabo, –¿no podría, su buena persona de usted, dejarme ver cuando afusilan a mi sargento, porque al fin de cuentas es mi amigo, y quero verlo morir?
- Sí, hombre, cómo no. No te costará más trabajo que asomarte a esa ventana. Podrás verlo todo. Pues abajo, en el patio, lo van a ejecutar.

El cabo Medina, impasible, vio cómo se cumplía la terrible sentencia.

- Ora sí, mi jefe, ya puedo hablar.
- Anda, di lo que sepas.
- Nada, no digo nada. Soy soldado y un soldado nunca se pandea, ni a naiden comunica una consina. Vide a mi sargento cómo le temblaban las piernas y pensé que s'iba a cuatrapiar como un infeliz y por eso le dije a'sté lo que le dije. Bueno, ya se lo tronaron, ¡Qué remedio! ¡Pos ora, que me truenen a mí!



## JUANITA<sup>50</sup>

Érase Juanita, aunque parezca mentira, una soldadera muy limpia, muy bien plantada, muy tres piedras; morenita, de ésas que gustamos llamar, en nuestra jerga miliciana, retinta cabos negros. Gustaba, hasta cierto punto, de mostrar recato en sus palabras y, cosa extraordinaria, casi nunca echaba maldiciones.

Bien es verdad, a veces, cuando la hacían enojar, era imaginativa y contundente en sus expresiones, pero eso sucedía de tarde en tarde.

Daba gusto verla llegar al cuartel, tras la lista de doce, muy planchadita, acordada su negra cabellera con un moño encarnado, apretados los pies en zapatitos coquetones, con las medias muy blancas y muy estiradas. En la canasta, cubierta con una servilleta inmaculada, llevaba el rancho de su viejo, el sargento Palomares que, siempre alegre y decidor y siempre alineado, cumplía con exagerada dedicación todos sus deberes y guardaba distancia con los de arriba y con los de abajo.

Juanita, la de Palomares, aunque codiciada en secreto, era respetada y querida. Algunas veces flores, piropos y alusiones oportunas y nada más.

El capitán Gordo, atuzando el mostacho, intentaba a veces propasarse; entonces, Juanita se ponía seria y la cosa no pasaba a mayores. El teniente Roquer, amante platónico, se contentaba con suspirar, y hasta el coronel, al pasar a su vera, tosía con parsimonia y, entre displicente y provocativo, solía decirle:

— ¿Qué tal, Juanita?, ¿estás contenta con tu viejo?

— Pos sí, mi coronel, pos si es retegüeno, muchas gracias.

Y Juanita y Palomares pasaban la vida felices, repartiendo a todos bondad y cariño.

¿Que el subteniente González tenía un compromiso pecuniario? Allí estaba el sargento Palomares para sacarlo del apuro.

— Tenga mi subteniente, agarre los cinco pesos, ái me los pagará con la docena.

¿Que el “Pajarito”, un bandero incorregible, amanecía con una de sus crudas formidables? Para algo servía Juanita.

— Ah, diablo de “Pajarito”. Tómate esas carnitas con chile y verás cómo dentro de un rato ni te acuerdas. Ora sí vas a tocar muy bonito, no que a veces, la mera verdá, echas unos pitazos que hasta los perros te ladran.

¿Que una fajina? ¿Que un estado limpiecito y bien hecho? ¿Que una lista de revista sin faltas? ¿Que enseñar a un recluta? Palomares, el indispensable Palomares, lo resolvía y arreglaba todo en un instante.

¿Que una riña entre viejas? ¿Que un dolor de estómago? ¿Que una desgracia? ¿Que una pena? Había paz, había medicina, había consuelo, siempre que Juanita estuviera cerca.

---

Todo cambia en la vida. El batallón abandonó las placideces y salió a campaña. A pie o en ferrocarril recorrió larguísimas distancias.

Los oficiales aprendieron a ver la muerte frente a frente, la tropa sufrió privaciones sin cuento y todos, sin excepción, impregnaron su espíritu en el amargo de la guerra.

Por tomar un pueblo del Norte, oculto entre rocas y breña-les, peleaba una mañana el batallón, encarnizadamente. El enemigo conocía el terreno y, palmo a palmo, disputaba la victoria, que hasta esos instantes estaba indecisa por inclinarse hacia uno u otro bando. Desde los tejados, tras de las peñas y ocultos en la arboleda, los contrarios disparaban sus carabinas, decididos a no cejar un paso.

Con los de la vanguardia, es claro, andaba el sargento Palomares. Eran como las doce del día y Juanita, siempre puntual y siempre eficaz, aportaba la comida de su hombre. Se le vio marchar en medio del camino, con la canasta en la diestra. Su aspecto había cambiado con los azares de la guerra. Estaba sucia, greñuda y unos duros huaraches calzaban sus pies. El tiroteo era furioso, tupidísimo. Juanita, indiferente, con la sonrisa en los labios, caminaba hacia la vanguardia.

—¡Escóndete, Juanita!— le gritaron todos, —¡métete detrás de los corrales, Juanita, te van a matar!...

Y ella, alegre y altiva, gritó, gritó con voz que en aquellos momentos se oyó resonar como una imprecación terrible:

—¡Ah, qué muchachos éstos! ¡¡Pos entonces, ¿a qué venimos?!!

Y movidos, oficiales y soldados, por un impulso de noble emulación, avergonzados de que una pobre “galleta” fuera más valiente que todos ellos salieron a pecho descubierto, y, al paso veloz, entraron victoriosos en el pueblo.

*Culiacán, Sin., a 21 de agosto de 1923*

**DIEZ RELATOS MILITARES  
DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA**

DE GONZALO HERNÁNDEZ JÁUREGUI

Prime edición 2017 (versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron a cargo del Departamento Editorial de la Dirección General de Difusión y Vinculación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.